

NOTABLES E INTRUSOS. ELITES Y PODER EN EL PAÍS VASCO (1876-1923)*

Luis Castells y Antonio Rivera
Universidad del País Vasco-Euskal Herriko Unibertsitatea

En 1904, Blasco Ibáñez escribió *El Intruso*, una novela ambientada en el País Vasco. En ella recreaba la atmósfera surgida en Bilbao con el apogeo industrial y minero, tomando como telón de fondo la creciente influencia de los jesuitas. Entre sus personajes prestaba una atención especial a la figura de un poderoso empresario, que venía a ser el trasunto de industriales de éxito en una etapa en la que se amasaron enormes fortunas¹. Otro escritor no menos conocido, Miguel de Unamuno, escribía en 1895 que el eje de la lucha contemporánea de Bilbao era la pugna entre la *aristocracia* y la *burguesía*, o dicho en sus términos literarios, *la guerra de los viejos señores feudales con los brutales conquistadores modernos*². El escritor bilbaíno adelantaba un debate historiográfico, de absoluta vigencia hoy en día, acerca de las pautas del tránsito del Antiguo Régimen a la sociedad liberal burguesa y las continuidades y cambios que se dieron. En esa discusión, uno de los temas centrales es el papel desarrollado por las elites tradicionales, al igual que la relación de éstas con los nuevos grupos emergentes que fueron surgiendo al calor del desarrollo económico, y la simbiosis o el choque que entre tales grupos se produjo. *Revolución burguesa* o *persistencia del Antiguo Régimen* son algunas de las presentaciones —que hoy en día quizá resultan un tanto esquemáticas— tras las que se esconden formas distintas de concebir el discurrir histórico durante un período fundamental del siglo XIX y principios del XX.

* El texto fue debatido en un seminario del Instituto de Historia Social Valentín de Foronda. Agradecemos a los asistentes su interés, así como las sugerencias y aportaciones que han enriquecido el artículo: de los defectos sólo somos responsables los firmantes.

¹ MONTERO (1999).

² Publicado en *La Lucha de Clases*, 9 de noviembre de 1895, y recogido en *El bochito*, cuya última reedición es de 1998, p. 208.

La observación de lo que acontece con las elites en el País Vasco durante la Restauración nos servirá para introducirnos en este debate, que no cabe encararlo sino aceptando su complejidad y la necesidad de introducir matices que huyan de fórmulas simples y arquetípicas. Asimismo, otro punto de interés es comprobar cómo se conformaron esos nuevos grupos dominantes, algunos de los mecanismos que aseguraron su reproducción, así como la función que en este orden de cosas cumplen determinadas prácticas sociales.

Las elites vascas a mediados del siglo XIX

El XIX fue una centuria de trascendentales transformaciones económicas para el País Vasco, impulsadas fundamentalmente, como es ya sobradamente conocido, por el empuje de la industria. Las primeras manifestaciones de dicho proceso tuvieron lugar a mediados del XIX, en paralelo a la crisis de la industria tradicional (las ferrerías) a la vez que se instalaban las primeras fábricas modernas en sectores diversos como el siderometalúrgico, papelero, textil... Igualmente, otras actividades como el comercio o las finanzas se sumaban a ese desarrollo, mientras un incipiente sector turístico empezaba su prometedora andadura.

Fue una etapa en la que comenzaron a acumularse importantes fortunas y a labrarse la riqueza de algunas familias, que con el tiempo fueron consolidando su posición y aumentando sus patrimonios. Son los casos, por ejemplo, de los Ibarra o de Francisco José de las Rivas, primer Marqués de Mudela, para Vizcaya, del marqués de Urquijo si nos referimos a Alava o, en un tono menor, de los Brunet en Guipúzcoa. Capitales que se iban acumulando a través de actividades muy diversas: comercio, exportación de hierro e industria en el caso de los Ibarra³; operaciones especulativas, inversión en tierras y compra de minas cuando hablamos de Rivas⁴; préstamo, negocios en bolsa y banca, y mercado inmobiliario si nos referimos a los beneficios iniciales del primer marqués de Urquijo⁵; comercio y finanzas y, más tarde, también industria si hablamos de los Brunet⁶. Acumulación, por tanto, de procedencia diferente, pero que tenía en común haberse obtenido mediante la

³ GONZÁLEZ PORTILLA (1977), pp. 74 y ss.; AGIRREAZKUENAGA y otros (1993), pp. 256 y ss.

⁴ BAHAMONDE (1989), pp. 524 y ss.; MONTERO (1990), p. 266.

⁵ DÍAZ (1998); MONTÓN (1993), pp. 183 y ss.

⁶ CASTELLS (1987); GÁRATE (1990), pp. 105 y ss.

incorporación a actividades económicas punteras, o a través de la explotación desde criterios estrictamente empresariales de sectores más tradicionales y no como un rentista al uso, comentario que vale para el Marqués de Mudela.

Habrà que esperar, no obstante, a los años de la Restauración para que se produzca la auténtica eclosión social de estos nuevos empresarios y su aparición en el primer plano de la vida pública. Porque no había llegado aún el momento de auge de estas elites, que apostaban por nuevas vías de enriquecimiento. Durante buena parte del siglo XIX fueron los notables rurales —con las salvedades que luego comentaremos—, los que controlaron en buena medida la vida política de las provincias vascas y sus instituciones, tal como lo señala una de las principales especialistas del período, Coro Rubio⁷, y lo corrobora Arturo Cajal para el caso de Guipúzcoa⁸. Ellos dominaban un organismo tan importante y con tan amplia capacidad de gestión como las diputaciones forales, y tenían una mayoritaria presencia en la representación vasca en el Congreso. Las condiciones exigidas para ocupar el cargo de diputado general —entre otras, disponer de una determinada renta en bienes raíces— y el procedimiento electoral, primaban abiertamente a las áreas rurales y a los grandes propietarios. No es extraño, por tanto, que el cargo de diputado general, de máxima relevancia dadas las importantes atribuciones que le otorgaba el régimen foral, estuviera ocupado por la nobleza hacendada, que concentraba importantes patrimonios territoriales. Tal era el caso, por ejemplo, de Ortés de Velasco en Alava, del Marqués de Valdespina en Vizcaya, o de los Zavala (con el Conde de Villafuertes como cabeza visible), Emparan... en Guipúzcoa. El dominio político, por tanto, radicaría básicamente en estos sectores, que contaron con algunos cualificados representantes. En Guipúzcoa destacaba especialmente Ascensio Ignacio Altuna, que encarnaba el predominio de la Guipúzcoa del interior frente a la San Sebastián comercial. Moderado y fuerista, arrastraba tras de sí a la *jaunchería*, es decir, a los notables rurales, sobre cuyo soporte salió elegido diputado a Cortes en 1841 y luego ininterrumpidamente entre 1846 y 1854. También tuvo un papel relevante en la Diputación, donde ocupó diversos cargos, entre ellos el de diputado general. Sobresalía igualmente el peso de la familia Zavala, varios de cuyos componentes fueron diputados generales y ocuparon puestos destacados en la Diputación a lo largo de la centuria⁹. En

⁷ (1996 y, especialmente, 1997).

⁸ (2002).

⁹ RUBIO (1997), p. 83.

Alava, el grupo de los grandes hacendados rurales contaba con Iñigo Ortés de Velasco, Marqués de la Alameda, importante propietario y muy influyente en la Diputación, prolongándose luego la presencia de la familia en ésta y otras instituciones a través de sus hijos¹⁰. El peso que tenía Ortés de Velasco hizo posible el dominio de los notables rurales sobre la capital, Vitoria, en el contencioso que ambas partes tenían por el control de la Diputación. Precisamente con su muerte, en 1858, las cosas cambiaron y Vitoria se hizo con el dominio de esta institución¹¹. De los fuertes lazos que vinculaban a estas elites nos da una idea el hecho de que Manuel José de Zavala y Acedo, Conde de Villafuertes, estuviese emparentado tanto con Altuna como con Ortés de Velasco, de los que era padre político¹².

En Vizcaya el panorama resultaba más matizado y a falta de estudios que nos informen de la composición de los grupos de poder en este período, parece que estaban bastante extendidos los cruces entre la burguesía comercial bilbaína y los notables rurales, con inversiones de estos dos sectores en ambas direcciones. En esta provincia son varios los casos de comerciantes bilbaínos con intereses en el campo, y, a la inversa, de hacendados rurales con presencia en la economía de la capital. No parece que quepa hablar, por tanto, en Vizcaya del predominio político del sector de los notables rurales habida cuenta que se había difuminado la barrera que diferenciaba a los propietarios rurales de los burgueses urbanos, para pasar a compartir aspiraciones y negocios. Este podía ser el caso, por ejemplo, de José Miguel Arrieta Mascarúa, personaje clave de la vida política vizcaína en los años centrales del siglo XIX, de tendencia fuerista tradicionalista y ultracatólica, y que a su condición de importante propietario rural unió su interés e inquietudes por los ferrocarriles y por la industria. Junto a él se podían citar asimismo otros nombres ilustres: Novia Salcedo, Adán de Yarza, etc.¹³.

Ello no fue óbice para que los sectores que más nítidamente defendían intereses comerciales, financieros o industriales se apoyasen en los núcleos de San Sebastián o Bilbao, sus bastiones tradicionales, para incidir en la política provincial. Lograban así estar representados en las

¹⁰ Francisco Javier y Ramón fueron tenientes de diputado general en épocas distintas (VIDAL-ABARCA y otros (1996)).

¹¹ ORTIZ DE ORRUÑO (1996), p. 266.

¹² RUBIO (1997), p. 93. Los primogénitos de Zavala y Ortés de Velasco se casaron en 1836 y el título de marqués de la Alameda pasó luego al hijo de éstos, José María, quien fue alcalde de Vitoria, diputado general y prohombre de la ciudad y provincia.

¹³ Debemos a la amabilidad del profesor J. Gracia las indicaciones sobre este punto.

Cortes a través de los distritos de la capital o bien contar ocasionalmente con algún diputado general. De este modo, Vizcaya envió a las Cortes a Francisco de las Rivas, Marqués de Mudela, o al propietario y comerciante Federico Victoria de Lecea, en tanto que uno de los más importantes comerciantes, a la vez que propietario, Pedro Pascual Uha-gón, fue representante en Cortes y diputado general. En Guipúzcoa, el caso paradigmático fue el de los Lasala, padre e hijo, que, representando los intereses de San Sebastián y desde posiciones moderadamente liberales, se hicieron con un hueco en el grupo dominante y se erigieron en una de las referencias ineludibles cuando de asuntos de la provincia se trataba. El padre, Fermín Lasala y Urbieta, destacado comerciante, fue presidente de la Diputación en 1843 y diputado a Cortes en el período de 1846 a 1853; su hijo, Fermín Lasala y Collado, estuvo asimismo al frente de la Diputación y fue diputado de modo casi ininterrumpido entre 1857 y 1877¹⁴. En cuanto a Alava, no faltaron personajes como Luis de Ajuria, comerciante, almacenista y alcalde de la capital, diputado en 1843 y fundador de la Caja Municipal. Lograron así estos sectores hacerse con un espacio en el seno del grupo dirigente del País Vasco, si bien en una posición subordinada y sin que otras personalidades destacadas de la burguesía emergente pudieran brillar más allá de su ámbito local. Eran sólo los primeros pasos de un reequilibrio en las elites que había de conducir a estos grupos a disfrutar de un mayor peso en la vida pública.

De todos modos, no eran aquellos años de mediados de la centuria tiempos para entrar en discusiones y divergencias entre las elites del País Vasco. Había que defender los restos de un régimen foral que si concedía evidentes ventajas a la población en general, éstas se hacían más que notables para los grupos dominantes. Gracias al Fuero y al control que ejercían en las Diputaciones, estas elites mantuvieron una gran capacidad de gestión e importantes atribuciones de orden fiscal y económico. La puesta en cuestión por parte de los representantes del Estado del sistema foral, a mediados del siglo XIX, alertó a los dirigentes vascos y les empujó a promover, especialmente desde 1844, un movimiento de unidad en torno a su mantenimiento. Los posibles conflic-

¹⁴ Posteriormente, y ya dentro de las filas conservadoras, ocupó la cartera de Fomento, presidió el Consejo de Estado y fue embajador en varios países. Fue de los fundadores de la Compañía de los Caminos del Norte y ocupó una preeminente posición en el Banco de España (MATEO DEL PERAL (1974), p. 65). En el plano político mantuvo una *intima amistad*, según sus propias palabras, con Cánovas, el cual solía pasar temporadas en la finca que Lasala poseía en San Sebastián (LASALA (1924), pp. 492-493).

tos de intereses se tornaban secundarios ante el objetivo central de sostener el Fuero, para lo que era necesario que las tres provincias y sus elites aparecieran unidas. Esta necesidad de tener adecuados interlocutores que negociasen las cuestiones referentes al régimen foral realzó el papel del alavés Pedro Egaña, ministro en sendos gabinetes moderados y varias veces diputado a Cortes, diputado general después, uno de los más cualificados representantes de las provincias ante el Gobierno en la defensa de la foralidad. En parecidos términos podemos referirnos al vizcaíno Francisco Hormaeche, secretario de la Diputación, elegido diputado por esta provincia entre 1837 y 1853, y personaje clave de la política fuerista en el segundo cuarto del siglo¹⁵.

La composición de la elite política no fue en todo caso inmutable a lo largo de este período. Se produjeron las lógicas situaciones de desgaste, pérdida de influencia, irrupción de nuevas personalidades, etcétera. Personajes tan emblemáticos como Altuna o Egaña vieron cómo su poder disminuía, siendo sustituidos por otros que defendían más eficazmente los intereses locales o representaban más adecuadamente las corrientes políticas dominantes¹⁶. Se iniciaba así una limitada renovación de la elite política, que en el período del Sexenio cobró un nuevo impulso como consecuencia de la polarización de la sociedad vasca y, con ella, de sus elites.

La Restauración. La recomposición de las elites

Una vez acabada la segunda guerra carlista, se abrió una etapa de prosperidad económica que afectó de modo desigual al País Vasco. Mientras en Vizcaya, y más en concreto en Bilbao y en ambas márgenes de su ría, el desarrollo de la industria trajo consigo que se viviera una época de inusitado crecimiento, Alava, por el contrario, se asemejó al lento y limitado desarrollo de tantas provincias españolas y veía incluso cómo fracasaba un intento de industrializar la capital a comienzos del siglo xx. Guipúzcoa también se incorporaba al tren industrializador, si bien desde unas pautas más modestas que en Vizcaya y con un volumen de capitalización sensiblemente inferior. Se vivieron, por tanto, importantes cambios que afectaron de forma distinta a cada provincia vasca. Contrastaba el nuevo paisaje urbano que se levantaba en Bil-

¹⁵ PÉREZ NÚÑEZ (1996), p. 188.

¹⁶ Caso de los Lersundi, Dorronsoro... en Guipúzcoa, o Urquijo, Martínez de Aragón, Ramón Ortiz de Zárate, Ladislao de Velasco... en Alava.

bao y en su entorno, el bullicio de sus calles, en el que se mezclaba una población cada vez más abigarrada, y la febril atmósfera económica que recorría la ciudad —*la California del hierro*, la ha definido Manu Montero¹⁷—, con el tranquilo y sosegado discurrir de Vitoria, una ciudad con una impronta *levítica* y a la que a su doble condición de núcleo militar y religioso¹⁸, unía su función de centro de servicios para el entorno provincial. Por su parte, Guipúzcoa tenía un crecimiento económico acompasado y repartido por la provincia, sin provocar transformaciones bruscas, de forma que la nueva sociedad que se fue gestando no supuso una ruptura con lo anterior.

Partiendo de estas peculiaridades provinciales, la sociedad vasca cambió, se hizo más rica, crecieron de forma sustancial las ciudades, naciendo lo que podemos ya considerar como una sociedad urbana¹⁹. La composición de la población activa varió, aumentando las clases medias y el número de trabajadores, a la vez que un nuevo tipo de gran burgués, ligado con los prósperos negocios industriales, cobraba especial relevancia. Afloraba una vida pública más intensa, auspiciada por unas ciudades que actuaban como catalizadoras de nuevas inquietudes y formas de pensamiento y de acción.

El juego de las rivalidades cobraba una inusitada fuerza, plasmándose éstas tanto en el terreno de lo simbólico como en el más prosaico del reparto de poder. La burguesía recién enriquecida con sus negocios mineros e industriales tenía que construir instrumentos que le sirvieran para diferenciarse y obtener un aura de distinción y respetabilidad. Adquirir una preeminencia social no sólo por el ejercicio del poder, sino también como consecuencia del desarrollo de modelos culturales específicos, de pautas propias de sociabilidad y de maneras de vivir, que les concedieran ese plus de legitimidad que las elites tradicionales anteriores ya poseían. Las capitales vascas y sus aledaños se convirtieron con sus ensanches en escenarios iconográficos que las burguesías emergentes tomaron para plasmar su creciente poder, segregando socialmente el espacio, reservándose áreas privilegiadas y levantando imponentes o elegantes edificios con los que *socializar* y *rutinizar* su carisma²⁰. Buscaban agregar un capital simbólico que disipara la imagen de *intrusos* y

¹⁷ (1995).

¹⁸ No en vano era, desde 1862, sede de la Diócesis vasca y hasta 1893 de la Capitanía General, para continuar luego manteniendo un fuerte contingente militar dada su posición estratégica y la demanda constante en ese sentido de sus dirigentes locales. Lo de *levítica* en Rivera (1992).

¹⁹ CASTELLS, RIVERA (1999).

²⁰ CASTELLS, RIVERA (1995), pp. 135-163.

les hiciera aparecer como unas elites distinguidas, recreando una atmósfera con la que olvidar su condición de *parvenus*. Tenían que afirmarse a distinto nivel frente a la nobleza con pedigrí y frente a la plebe, ante las que debían ganar en respetabilidad y a las que debían mostrar respectivamente cuáles eran las nuevas pautas de comportamiento.

La elite social se nutrió de nuevos nombres, al tiempo que otros afianzaron ahora su posición. Es el momento en el que surge la oligarquía bilbaína, el tiempo de esplendor de una extensa lista de mineros e industriales entre los que sobresalieron los Chávarri, Gandarias, los Ibarra, Sota, Martínez Rivas, en un primer nivel, o los Martínez Rodas, Urquijo, Horacio Echevarrieta, Federico Echevarría, Ampuero, Marqués de Acillona, etcétera, en un segundo pero también destacado escalón. Epoca en la que Bilbao sufrió grandes transformaciones que atrajeron la atención de observadores como Maeztu que, de modo un tanto apocalíptico, subrayaba que en ese momento se *improvisaron las fortunas y desapareció la aristocracia*, mientras que Unamuno, más sobriamente, contraponía el Bilbao mercantil y de clases medias de mediados del XIX con el industrial que luego surgió²¹. Se vivió una etapa de euforia, y a pesar de algunos serios reveses económicos²², la prosperidad que vivió la villa sirvió de base para forjar una especie de orgullo colectivo de los bilbaínos, que se considerarían portadores de valores como el trabajo, la laboriosidad, etcétera. Ese auge sirvió también para presentar a Bilbao como una ciudad adelantada en la lucha por el progreso y plataforma desde la que regenerar al resto de España, extendiendo sus pautas y criterios económicos²³. Una percepción favorable de sí mismos que, en la contraposición con los *otros*, podía generar un sentimiento de creerse de una *casta superior*²⁴. En aquel momento característico de (re)creación de identidades de todo género, y también de las locales, se formuló desde los grupos dominantes un estereotipo del bilbaíno que vino a complementar otras visiones más pintorescas, y que incidía en las cualidades que albergaba la ciudad en tanto que núcleo típicamente industrial y con unas potencialidades económicas que debían ser proyectadas hacia el resto de la nación. Se generó desde estos ámbitos una «cultura del exceso» como algo distintivo de Bilbao, proyectándose una imagen que subrayaba la abundancia y opulencia que desde

²¹ Lo de MAEZTU (reed. 1977), p. 53. Lo de UNAMUNO (reed. 1998), p. 247.

²² MONTERO (1994).

²³ *El Liberal*, 20 de abril de 1903.

²⁴ UNAMUNO (reed. 1998), p. 213. Algo que también reflejó Blasco en la contraposición con los *pobres cuñados* de Guipúzcoa, en el capítulo IX de *El Intruso*.

esta fantasía caracterizaría a la villa y a sus habitantes. Fue la base desde la que se constituyó uno de los tópicos más arraigados del bilbaíno, asociado a una visión de riqueza y presunción, y que desde fuera de la localidad no era sino visto como un punto de fanfarronería que venía a contrastar con la imagen austera de la época preindustrial²⁵.

En Guipúzcoa también apareció un nuevo grupo de industriales que pasó a ocupar el primer plano y se situó como cabeza visible de la elite social. Es el caso de Goitia, García Ogara, Orueta, Lizarriturry, Pica-vea, Ruiz de Arcaute..., empresarios, en ocasiones venidos de Vizcaya, que estuvieron al frente de empresas punteras. A éstos deben añadirse familias que contaban ya con una reputada tradición comercial, financiera e industrial, caso de los Brunet, Calbetón.... que servían de puente y daban una línea de continuidad entre las antiguas y las nuevas elites. A destacar también el surgimiento de un buen número de industriales de la Guipúzcoa del interior, de simpatías conservadoras o tradicionalistas, propietarios de empresas de mediano y pequeño tamaño, que cobraron una creciente importancia y se establecieron también entre el grupo emergente²⁶.

En el caso de Alava, la familia Urquijo se consolidó como la referencia central de la elite de esta provincia. El primer marqués de la saga, Estanislao de Urquijo, acompañó sus éxitos como financiero y prestamista en Madrid con la compra de tierras por distintas zonas de Alava, que le llevaron a convertirse en 1870 en el primer contribuyente rústico²⁷. La continua expansión económica de la familia afianzó su posición y su indiscutible hegemonía en la provincia, con la que mantuvo una relación típicamente caciquil, otorgando favores y prebendas que revertieron en el incremento de su dominio a lo largo de la Restauración²⁸. Había que descender en el escalafón social para encontrar a otros componentes de la elite, que se localizaban en torno al patriciado urbano de la ciudad de Vitoria. A diferencia de lo visto para las otras provincias vascas, no podemos hablar aquí de una burguesía industrial pujante dada la inexistencia de una industria de entidad en la provincia. Por tanto, la elite vitoriana estaba compuesta por una amalgama en la que se combinaban grupos cuyos capitales tenían una procedencia muy

²⁵ Es una idea que debemos al profesor J. Gracia.

²⁶ Sirvan como muestra los casos del conservador Orbea o de los tradicionalistas Gaytán de Ayala, Elósegui, Amezttoy, Alberdi, etcétera. Para su participación en empresas, CASTELLS (1987), pp. 339 y 418-429.

²⁷ DÍAZ (1998), p. 28.

²⁸ MONTÓN (1993).

diversa: los enriquecidos especulando con el ensanche urbano, lo poco que quedaba de la nobleza de viejo cuño, los que habían prosperado merced a algunos negocios industriales²⁹..., a lo que había que sumar el innegable peso que en esta sociedad tenían las clases medias acomodadas (comerciantes pequeños y medianos, funcionarios, profesionales...). Era un conglomerado que guardaba similitudes con lo que Carasa, en su análisis sobre las elites restauracionistas castellanas, ha caracterizado como *alta mesocracia*³⁰.

En Vizcaya y Guipúzcoa, el origen del capital de esta nueva elite social fue, asimismo, diverso: el comercial, el proveniente de la tierra, de las finanzas, de la repatriación de capitales indianos..., pero sobre todo cobró un peso singular aquél que procedía de la industria y de la exportación del mineral de hierro. Como ya es sabido, en Vizcaya, la comercialización del hierro supuso una importante fuente de capitalización, sobresaliendo en esta actividad los Ibarra, los Chávarri y Martínez Rivas, que fueron los grandes propietarios mineros³¹, a los que se pueden añadir los Gandarias, Sota, Salazar, Lezama Leguizamón, Echevarrieta... Igualmente muy variada fue la procedencia de los capitales que afluyeron a la industria guipuzcoana. En esta provincia, el incremento de tamaño y la modernización productiva de las pequeñas y medianas factorías, con unas necesidades financieras inicialmente reducidas, facilitó la participación de pequeños inversores de origen muy diverso, como profesiones liberales, comerciantes, propietarios...

El asentamiento constante de la industria en las dos provincias costeras y la acumulación de algunas grandes fortunas crearon unas expectativas favorables —en ocasiones desmesuradas— sobre las posibilidades que ofrecían los nuevos negocios. En Bilbao, sobre todo, existía un clima de euforia económica que se traducía en que «*trabajar y haser trigo*» era el ideal de la vida que más sonreía, y que llevaba al autor de estas palabras a no ejercer la carrera para la que se había formado y dedicarse, en cambio, a la vida industrial, en la que acabó siendo un im-

²⁹ RIVERA (1992b), pp. 129-145. Entre los industriales se contaban, especialmente, los conservadores Fournier o Elío, los Ajuria..., pero también el republicano Severiano Llorente. Entre la aristocracia tenemos al cuarto marqués de la Alameda, *el único aristócrata emprendedor* (RIVERA (1992), p. 125); entre los rancieros propietarios nobles, a los Verástegui; los Arrieta, Pando-Argüelles, los Velasco..., se sumaban, entre otros, a los Martínez de Aragón, dueños de importantes fortunas.

³⁰ CARASA (1996), p. 189 y CARASA (dir.) (1997), vol. II, p. 79. También SERRANO y otros (1999), p. 685.

³¹ MONTERO (1990), pp. 49 y ss.

portante empresario³². Especialmente durante la última década del siglo XIX, esta villa encarnaba como ninguna otra en aquel momento en España el ideal de enriquecerse con rapidez, con negocios que obtuviesen rentabilidades altas e inmediatas. Esta *impaciencia* de la burguesía bilbaína les animó a levantar empresas de dudosa viabilidad, sin analizar sus costes, y a cosechar algunos sonoros fracasos empresariales³³, contrastando en este terreno también con la más cautelosa actitud de la burguesía guipuzcoana. Hubo ascensos espectaculares, como el de Martínez Rodas, un militar sin tradición empresarial que, aupado en la fiebre especulativa del Bilbao de fines del XIX, llegó a ser, como destacado naviero, uno de los industriales más importantes. Pero a una fulgurante carrera siguió una no menos rápida postergación tras la quiebra y apuros financieros de algunas de sus empresas³⁴.

Dos de los empresarios más emblemáticos de aquel período no siguieron las pautas de capitalización tradicionales: nos referimos a Estanislao Urquijo Landaluce, primer marqués de Urquijo, y a Francisco de las Rivas y Urbieto, marqués de Mudela. Ambos tuvieron una trayectoria inicial similar y representarían a los vascos que, obligados a emigrar, harían fortuna en Madrid adaptándose a los cánones especulativos dominantes en la Corte. Eran la representación del ideal liberal del *self made-man*, del hombre que consigue el ascenso social a través de su esfuerzo³⁵. Ambos tuvieron un origen similar, nacieron en zonas rurales y eran de condición modesta. Al poco tiempo emigraron a Madrid —Francisco con 15 años; Estanislao con sólo 13—, y los dos fueron acogidos por familiares, lo que a la postre resultó fundamental para el exitoso comienzo de su carrera. Los dos comenzaron a trabajar en el comercio de sus parientes, donde conocieron los primeros rudimentos de la actividad económica, y desde cuya base se lanzaron a mayores empresas. Siempre bajo la cobertura familiar, Urquijo se inició en el mundo de la bolsa de Madrid, para posteriormente introducirse en la banca y en los negocios de préstamos y quiebras, haciéndose por este procedimiento con la fortuna de alguna de las grandes familias de la nobleza (caso de los Osuna). Su sucesor en el título, su sobrino José Manuel, nacido también en una familia campesina modesta, se formó en Madrid al am-

³² ORUETA (reed. 1952), pp. 153-155. Recientemente se ha publicado una nueva edición de este libro.

³³ MONTERO (1994).

³⁴ MONTERO (1990), pp. 298 y ss.; YBARRA (1947), pp. 321-232; VALDALISO (1991), p. 235. Era abuelo de José M.^o de Areilza; véase E. DE AREILZA (reed., 1999), p. 232.

³⁵ BAHAMONDE y OTERO CARVAJAL (1989), p. 525.

paro de su tío, que le inició en el mundo financiero, siendo él quien diversificó los negocios familiares y se introdujo en importantes empresas industriales³⁶. El dueño del título en la tercera generación, en 1921, era el segundo español que se sentaba en más consejos de administración de grandes empresas (de más de 25 millones)³⁷. Por su parte, Francisco de las Rivas continuó sus actividades comerciales en Granada, retornando luego a Madrid, donde incrementó su fortuna, al igual que Urquijo, merced al préstamo y a la especulación en bolsa, junto con otros negocios como la compra de propiedades desamortizadas. El salto económico de Rivas se produjo gracias a sus inversiones en dos sectores distintos: en primer lugar, con la compra de tierras en La Mancha para la producción de vinos, que le permitieron ser *el más importante terrateniente burgués de toda la elite madrileña*³⁸ y de cuya explotación extrajo considerables beneficios; en segundo lugar, acentuando su presencia en Vizcaya con la compra de minas así como con la adquisición de una fundición, que Rivas convirtió en una de las más importantes fábricas siderúrgicas de la provincia³⁹. Posteriormente, sus propiedades en Vizcaya pasaron a manos de su sobrino, José María Martínez Rivas, uno de los magnates de la elite vizcaína, poseedor asimismo de Astilleros del Nervión⁴⁰. Las dos sagas tuvieron, pues, una trayectoria económica similar y formidable, cuyo despliegue se asentó en los lazos familiares en un primer momento y en la utilización de las relaciones políticas después. Ambas pudieron beneficiarse del importante *lobby* que proveniente del País Vasco se había asentado en Madrid a mediados del XIX, y de las tradiciones económicas y de la red de influencias que se habían tejido⁴¹.

De esta próspera coyuntura también se beneficiaron sectores profesionales que, merced a su cualificación, ocuparon cargos económicos y puestos públicos que les permitieron ascender socialmente y codearse con las elites sociales. Entre ellos, posiblemente, la figura más relevante fue la de Nicolás M.^a de Urgoiti, ingeniero de profesión, quien tras realizar el estudio que dio lugar a la fusión de varias fábricas y que se plasmó en la creación de «La Papelera Española», fue su director general, y desde cuya plataforma acometió iniciativas de profunda repercu-

³⁶ DÍAZ (1998).

³⁷ ROLDÁN y otros (1973), pp. 383-385, 411-412.

³⁸ BAHAMONDE y OTERO CARVAJAL (1989), p. 554.

³⁹ *Ibid.*, pp. 523-595; MONTERO (1990), pp. 266-267.

⁴⁰ MONTERO (1995), pp. 19 y 132.

⁴¹ CRUZ (2000), p. 66

sión nacional tanto en el terreno periodístico (*El Sol*) como editorial (Calpe)⁴². Asimismo, por el relevante papel que desempeñaron en la política de sus respectivas provincias, destacar los casos de Alzola en Vizcaya, al igual que los de Gascue y los hermanos Jamar en Guipúzcoa, que ocuparon cargos directivos en emblemáticas empresas.

En cuanto a la burguesía vitoriana, se ha resaltado su carácter escasamente dinámico, su inmovilismo económico y su retracción a la hora de apostar por los nuevos sectores productivos o por aquellas actividades que implicaran un riesgo. El destino preferente de sus inversiones hacia la deuda pública⁴³ no hace sino confirmar tales opiniones, que vienen auspiciadas por la comparación con el dispar comportamiento de la burguesía de las otras dos provincias vascas. No obstante, conviene matizar que sectores vitorianos impulsaron a comienzos del siglo xx un proceso industrializador que, al fracasar, les disuadió a la hora de acometer nuevas aventuras. No era el primer revés económico que sufrían los vitorianos, que no guardaban un buen recuerdo de determinadas novedades económicas que había traído el siglo xix⁴⁴. La conducta de la burguesía de esta ciudad no respondía a una actitud misonista, hostil a la novedad —aunque a veces sí que hubiera algo de eso—, sino que hay que entenderla a partir de su falta de tradición industrial, así como por su desplazamiento de los centros neurálgicos productivos y de los canales de información que en estos ámbitos se fueron forjando, que le hubieran permitido familiarizarse con un nuevo *ethos* económico, a la par que habituarse a las incertidumbres y al riesgo que toda nueva actividad implica⁴⁵. Dadas estas circunstancias, no puede extrañar su preferencia por un tipo de inversiones con unas rentabilidades más exiguas, pero también más seguras y al alcance de su universo mental. A la elite vitoriana se le puede imputar su falta de perspectiva y de visión económica, sus carencias en la acción modernizadora, pero su cautela y hasta pasividad venían dictadas por una determinada racionalidad económica que le conducía hacia un tipo de inversiones más conservadoras que, si bien huían de la aventura, encajaban en unas claves económicas que conocía y que le ofrecían unos rendimientos estables. Era, si se quiere, una racionalidad limitada, una racionalidad de rentista, pero, dada su ubicación periférica, re-

⁴² M. CABRERA, en VV.AA (2000), pp. 176-180.

⁴³ Véase RIVERA (1992), pp. 43 y ss.

⁴⁴ El traslado de las aduanas tuvo un impacto negativo en el comercio local. Años después, la llegada del ferrocarril en 1864 perjudicó a la poco competitiva economía alavesa.

⁴⁵ Sobre estas cuestiones, continúan siendo interesantes las reflexiones de Banti (1989).

sultaba una apuesta lógica que no hacía sino buscar lo que cualquier inversión: asegurar los beneficios⁴⁶.

Las incertidumbres de los *jaunchos*

En sintonía con una corriente general que recorría Europa, también en el País Vasco la nobleza hacendada perdió peso durante la Restauración y debió adaptarse a un nuevo contexto marcado por el desarrollo de nuevas empresas económicas. En Vizcaya, la voracidad de la burguesía industrial apartaba a todo aquel que encontraba en su pugna por convertirse en el núcleo dirigente de la provincia, y los antiguos *jaunchos* o se sumaban a los proyectos económicos o iban quedando en una posición paulatinamente marginal. Lo mismo sucedía con los comerciantes bilbaínos, antiguos dueños de la ciudad, cuya pérdida de influencia era paralela al ascenso social de los industriales. El panorama fue tal que o los hacendados rurales se adaptaban a los nuevos tiempos económicos o se iban viendo abocados a un paulatino ostracismo social y político⁴⁷.

La nueva elite que se gestaba en el País Vasco podía aristocratizarse en las formas y obtener títulos nobiliarios con los que dar prestigio a sus apellidos⁴⁸, o adoptar comportamientos sociales que evocaran los gustos de la aristocracia en cuanto a refinamiento y distinción..., pero todo se hacía desde su propia lógica. Con ello no se buscaba sino asentar su posición y añadir cotas simbólicas de poder con las que lograr su aceptación social como grupo dirigente, a la vez que difundir sus propios valores. Incluso en la apacible Alava la antigua nobleza veía cómo su influencia disminuía y cómo salía malparada en el conflicto de intereses que le enfrentaba con la burguesía con intereses inmobiliarios a cuenta de la construcción del ensanche de Vitoria⁴⁹.

⁴⁶ Reflexiones en este mismo sentido referidas a la burguesía salmantina, en DÍEZ CANO (1996), pp. 68-69.

⁴⁷ Es lo que tan acertadamente nos describió Lampedusa en *El Gatopardo*.

⁴⁸ Algunos de los ejemplos son los de Estanislao Urquijo, marqués desde 1871; Francisco de las Rivas, marqués de Mudela; Ramón de la Sota, al que se le concedió el título de Sir por Jorge V, en 1921, y de marqués de Llano por Alfonso XIII; Eduardo Aznar, marqués de Bériz; su hijo Alberto, marqués de Zuya; Fernando M.^a de Ybarra, marqués de Arriluce; Víctor Chávarri y Anduiza, marqués de Triano; su tío Benigno, marqués de Chávarri; el conde de Zubiría (Tomás); el conde de Urquijo (Adolfo Gabriel); el marqués de Mac Mahón (Pedro); el conde de Rodas (Francisco Martínez Rodas)...

⁴⁹ RIVERA (1992b), pp. 129-145.

Ahora bien, esa recomposición que se estaba produciendo no supuso la repentina desaparición de los propietarios rurales de la elite social. Si en Vizcaya el empuje económico de los empresarios industriales arrinconó a los propietarios rurales, la situación no fue tan drástica en las otras dos provincias. En Guipúzcoa, destacados hacendados rurales, en buena parte con títulos nobiliarios y descendientes de lo más granado de la aristocracia, continuaban disfrutando de una elevada consideración entre la elite⁵⁰. Además de los estimables ingresos que obtenían del arrendamiento de sus tierras⁵¹, tenían un plus de poder merced a su condición de caciques y, por tanto, estaban capacitados para negociar votos y favores. El sistema restauracionista de división electoral por distritos uninominales favorecía a estos propietarios, que reunían sumas de votos cautivos provenientes de sus arrendatarios, suministrándoles una cuota de influencia añadida que les permitía hacerse valer tanto ante la Administración u otro tipo de poderes, como ante sus colonos, frente a los que debían aparecer como intermediarios eficaces⁵².

Una cuestión que surge al hilo de lo que estamos narrando es la actitud que adoptaron los grandes propietarios y la nobleza hacendada con respecto a los cambios económicos y al proceso de industrialización. Tampoco en este caso encontramos una única respuesta, sino conductas variadas. Hay en las tres provincias un sector que, reuniendo alguna de esas condiciones —ser gran propietario o aristócrata—, se incorpora con sus capitales a las actividades industriales y financieras. Entre ellos localizamos a personajes que a través de su participación en empresas emblemáticas formaron parte de lo más granado de la recompuesta elite social: el Marqués de Casa Torre, José M.^o Ampuero, o Plácido Allende, en Vizcaya; el Marqués de Santillana, Cándido Gaytán de Ayala (Conde del Sacro Romano Imperio) o los eibarreses Orbea, antes

⁵⁰ Entre ellos incluimos al duque de Granada, al marqués de San Millán, al marqués de Valmediado, al conde del Valle...

⁵¹ El conde de Peñaforida obtenía del arrendamiento de sus fincas en Guipúzcoa, en 1909, un total aproximado de 36.000 pts. Por su parte, Ramón Zavala cobró, en 1888, alrededor de 26.000 pts. Se calculaba que el valor de las pertenencias territoriales del Marqués de Valdespina en Astigarraga, donde era el gran hacendado, ascendía a 238.733 pts., según inscripciones del Registro de la Propiedad referidas a 1907. Como punto de comparación, indicar que un director de fábrica en el área de Rentería venía a cobrar a principios de siglo del orden de las 2.500 a 6.000 pts. anuales, con alguna señalada excepción, caso del director de la Real Compañía Asturiana de Minas cuyo sueldo llegaba a las 12.000 pts.

⁵² La consulta del archivo Zavala, perteneciente a una familia de destacados propietarios en Guipúzcoa, es ilustrativa de lo que estamos exponiendo.

citados, en Guipúzcoa; los Ortiz de Zárate o el cuarto marqués de la Alameda, en Alava, son algunos de los que pueden citarse. Una mención particular merece el Marqués de Santillana, Joaquín Arteaga y Echagüe⁵³, de filiación conservadora indefinida, amigo de Maura⁵⁴, radicado en Madrid y muy enraizado en la sociedad de la corte, aunque pasaba largas temporadas en alguna de sus residencias en Guipúzcoa. El marqués fue un caso llamativo de ocupación de un distrito, saliendo elegido ininterrumpidamente diputado al Congreso por Zumaya desde 1896 hasta 1918. Su padre era el Marqués de Valmediano, uno de los más importantes propietarios en Guipúzcoa, y a quien cita Bahamonde como uno de los ejemplos del alejamiento de la vieja nobleza del mundo de los negocios antes de 1880⁵⁵. Pues bien, que las cosas estaban cambiando lo demuestra que el propio Valmediano figurase, a la altura de 1892, en el Consejo de Administración de una empresa puntera como La Maquinista Guipuzcoana⁵⁶, pero, sobre todo, la plena inserción de su hijo en diferentes tipos de negocios, entre los que sobresalía su condición de presidente y mayor accionista de la Hidráulica Santillana, empresa que suministraba electricidad a Madrid⁵⁷. Así venía a significarse en una semblanza de 1928, en la que tras resaltar su probada condición aristocrática se señalaba que *al escudo de los Arteaga ha añadido los blasones de un alto empuje industrial. Él inició en Madrid la primera construcción de saltos de agua, a su cuenta exclusiva...*⁵⁸.

Entre el grupo de los propietarios rurales o de los provenientes de familias de linaje, en muchos casos simpatizantes de las ideas tradicionalistas, no era extraño encontrarse con reticencias hacia las nuevas realidades económicas, concretadas especialmente en la industria. Así lo expresaba públicamente el que fuera jefe nacional de los integristas, Juan de Olazábal, perteneciente a una familia de importantes propietarios guipuzcoanos⁵⁹. Sin embargo, ya hemos señalado en otras publicaciones que ésta era una postura ideológica o estética, con evidentes rentabilidades políticas, con la que se conectaba con una sensibilidad

⁵³ Este donostiarra de origen era también duque del Infantado.

⁵⁴ «... religioso, conservador, gentilhomme de Cámara de Alfonso XIII, (...) huía del conflicto entre las instituciones constitucionales y las fundamentales de Guipúzcoa y España». CILLÁN (1975), p. 230. Su relación con Maura, en RUEDA (1991), p. 135.

⁵⁵ (1991), p. 26.

⁵⁶ Precedente de la actual CAF (Compañía Auxiliar de Ferrocarriles).

⁵⁷ Además formó parte de los consejos de administración del Banco Hipotecario de España, de los Ferrocarriles Andaluces, de la sociedad minera Nueva Argentífera, etcétera.

⁵⁸ *El Pueblo Vasco*, 26 de agosto de 1928.

⁵⁹ OLAZÁBAL (1919), p. 104.

nostálgica y añorante de un idealizado mundo perdido. Estudios provinciales han demostrado la participación destacada de carlistas e integristas —por no hablar de los nacionalistas— en empresas industriales y sociedades anónimas⁶⁰. El mismo Olazábal invirtió en diferentes empresas textiles, lo que vuelve a evidenciar la disparidad entre los discursos y las prácticas sociales. Otros ejemplos que se pueden citar son el de José M.^a Ampuero y el del marqués de Acillona, dos conocidos tradicionalistas que formaron parte de la oligarquía vizcaína. En Guipúzcoa, la cultura industrial que se extendió por la provincia hacía que fuera frecuente localizar a personajes ideológicamente tradicionalistas, pertenecientes a las clases medias acomodadas, implicados en inversiones en pequeñas industrias. En el nacionalismo, el destacadísimo papel económico de Ramón de la Sota, posiblemente el empresario con una mayor capacidad financiera a comienzos de siglo⁶¹, dejaba en mal lugar el antiindustrialismo de Sabino Arana. Pero no sólo era Sota. Una de las muestras más palmarias de la plena asunción por el PNV del fenómeno industrializador se produjo con ocasión de las elecciones de 1918, en las que el nacionalismo obtuvo su primer gran éxito electoral en Vizcaya y en las que todos los candidatos de este partido estaban estrechamente vinculados a las nuevas empresas económicas y utilizaron esa condición para sus objetivos político-electorales⁶².

Por lo dicho, quizá pudiera deducirse que no existía una nítida separación entre los notables rurales y la burguesía industrial, y, sin embargo, nuestra impresión no apunta en esa dirección. Hay desde luego casos en los que se produce esa fusión, que pasaba por la integración de los antiguos *jaunchos* en las nuevas actividades económicas. Pero son más frecuentes las situaciones en las que esa incorporación era tardía o tímida y, en cualquier caso, se producía desde una posición subordinada. Las más de las veces llegaban con retraso a un mundo que, en principio, les resultaba ajeno y al que se miraba con desconfianza. Algunos de los más caracterizados *jaunchos* guipuzcoanos, como el mismo Olazábal, los Zavala de Tolosa, el Marqués de Valdespina..., tomaron parte en esas actividades financieras e industriales, invirtiendo en ellas y adaptándose a las nuevas realidades económicas, pero al mismo tiempo comprobaban cómo industriales de nueva hornada les superaban en el escalafón social. El análisis de las cuentas e ingresos de uno

⁶⁰ CORCUERA (1979), p. 366; RIVERA (1992), p. 133; CASTELLS (1987), p. 339.

⁶¹ MONTERO (1996) p. 16. Un estudio exhaustivo sobre su figura, en TORRES VILLANUEVA (1998).

⁶² ELORZA (1978), p. 241; Ybarra (1947), pp. 445 y ss.

de los nobles de mayor arraigo en este territorio, el Conde de Peñaflores, expresaría la integración relativa de este sector en el nuevo mundo económico. A la altura de comienzos del siglo, el Conde continuaba obteniendo estimables ingresos de sus fincas situadas en distintas partes de Guipúzcoa. A la hora de diversificar sus inversiones, éstas se dirigían hacia valores estables con rentabilidades seguras: fundamentalmente deuda y, en menor medida, compañías con buenas perspectivas como el Casino de San Sebastián, la Compañía del Tranvía de esta misma ciudad o carreteras provinciales. Invirtió también pequeñas cantidades en la Compañía de Gas de San Sebastián y en la Compañía Eléctrica. Pero, y esto es importante, ningún capital se dirigió hacia el sector industrial.

Existían entre los antiguos notables rurales actitudes misoneístas, que llevaban a tener profundas y atávicas reticencias hacia la modernidad y las formas económicas que ésta aparejaba. Esta carta de un importante propietario de tierras de Vergara, Vicente Monzón, reflejaba tales sentimientos de la siguiente manera:

¡Qué calamidad la tal industria! Para mí, a lo menos lo es y muy grande. (...) En cuanto me hablan de que se van a montar un par de fábricas en un pueblo, en un pueblo bueno y sencillo, me pongo a temblar. Yo debía haber nacido hace un par de siglos. Por una equivocación vine al mundo a fines del diecinueve⁶³.

La consulta del archivo Zavala, de extraordinaria riqueza en sus contenidos⁶⁴, permite comprobar cómo había puntos de encuentro entre las diferentes burguesías, especialmente en el ámbito de las relaciones sociales, donde se encontraban familias de origen distinto en las obligadas visitas que se hacía la gente distinguida. No obstante, eran más los espacios diferenciados, tendiendo estos antiguos *jaunchos* a codearse entre ellos y a sostener una relación interna de grupo que contribuía a estrechar sus vínculos. Se mantenía una cultura propia, alimentada desde el orgullo del noble viejo que miraba con desdén a los *intrusos*, a los nuevos ricos, cuyas prácticas le merecían una cierta conmisericordia. Así se expresaba, en 1915, un miembro de la familia Zavala, Luis, abogado y que llegó a ser diputado provincial, con respecto al veraneo de San Sebastián:

⁶³ Carta de Vicente Monzón, 20 de febrero de 1913. Archivo Zavala, caja n.º 76-2.

⁶⁴ Hay que agradecer a su propietario, Luis Zavala, el cuidado que ha puesto en su ordenación y puesta al día, así como la inusual facilidad que concede a los investigadores para su consulta.

Esto está bastante bien de gente y los donostiarras con grandes esperanzas de tener un excelente verano, en el que pueden sacar buenas pesetas. El mercantilismo está a la orden del día. Familias adineradas se proponen hacer magníficos negocios arrendando sus propias habitaciones, cosa que ni tú (por su cuñada; N. de los A.) ni yo haríamos, a no ser en caso de verdadera necesidad. Ayer me dijeron que la viuda de Londaiz es una de esas pobres personas que van a alquilar sus penosas casas⁶⁵.

Jaunchos que habían controlado la vida de las provincias tenían dificultades para adecuarse a una sociedad que se regía por unas reglas en las que importaba más el dinero que el linaje. Antiguas familias de solariegos debían sentir perplejidad y asombro por el nuevo estado de cosas, a la vez que constataban su postergación en el supuesto de continuar aferrados a los antiguos hábitos⁶⁶. Al fin y a la postre, esa nobleza hacendada había pertenecido a un mundo cultural con sólidas raíces en el País Vasco y no debía ser fácil integrarse en una nueva sociedad en la que los *advenedizos* iban ocupando posiciones preeminentes y ellos, a su vez, se iban viendo relegados.

El nuevo reparto del poder⁶⁷

En efecto, una de las consecuencias que trajeron los cambios fue la pugna por el poder. Por lo general, las relaciones que mantenían los grupos acomodados eran buenas y no había fricciones relevantes entre ellos, con una notable y señalada excepción: cómo se distribuía el poder. Poder en aquellos momentos más controvertido, porque además de dirimirse cuestiones políticas y económicas sustanciales, se trataba de dilucidar el encaje de los distintos grupos sociales y políticos en el marco de una situación cambiante. Y todo ello en unas provincias con un grado de identificación política alto, donde a la tradicional divisoria carlista-liberal, característica de buena parte del siglo XIX y vigente durante el último tercio de la centuria, se le sumaban otras ideologías que pronto arraigaron en el País Vasco: republicanismo, socialismo, na-

⁶⁵ Archivo Zavala, caja n.º 78, 25. Los Londaiz eran una de las familias con mayor nivel económico de San Sebastián. Uno de sus miembros, Eugenio, era miembro del Consejo de Administración de la Papelera Española, entre otros negocios.

⁶⁶ Lo que ha dado pie a recreaciones noveladas: véanse algunos de los pasajes de la novela de MENCHACA (1989).

⁶⁷ Una visión ampliada de lo que se expone en este apartado, en CASTELLS, RIVERA (1998), pp. 81-113.

cionalismo. El panorama ideológico y político se fue haciendo así más complejo, con un mayor abanico de fuerzas en liza y una creciente participación de las gentes en las actividades públicas.

En este panorama —tan sumariamente descrito— actuaron las distintas formaciones, y éste fue el escenario en el que la burguesía emergente planteó su disputa para lograr el dominio. Hubo en este sentido una clara apuesta de esa nueva elite social surgida al calor de los negocios industriales, mineros..., de esos *intrusos*, por hacerse con el control de las provincias, para desde aquí proyectar su influencia sobre el Estado. A diferencia de lo que ocurrió en otros lugares de España⁶⁸, participaron activamente en la política con el objetivo de fusionar elites sociales y políticas, y copar los puestos de responsabilidad política. A ello les animaba tanto el objetivo de afirmar socialmente su posición como el de disponer de un resorte desde el que presionar a los gobiernos en favor de sus intereses económicos⁶⁹. Los resultados fueron desiguales.

En Vizcaya fue con el establecimiento del sufragio universal masculino, en 1890, cuando la nueva burguesía se animó a plantear decididamente la batalla por el poder político. Anteriormente, bajo el sufragio censitario, su aparición electoral había sido todavía tímida y con resultados vacilantes, si bien ya en 1886 fue elegido diputado a Cortes el representante más cualificado de los nuevos notables de Vizcaya, Víctor Chávarri. La ampliación del cuerpo electoral benefició a unos industriales que contaban con poderosos recursos financieros con los que comprar los votos y ganar voluntades, recurriendo con frecuencia a este medio con una prodigalidad que variaba según la competencia a que tuvieran que hacer frente. Su primer objetivo fue hacerse con la representación en Cortes, lo que consiguieron plenamente ya en las elecciones de 1893 y 1896, en cuyos años coparon todos los distritos en que se dividía la provincia. Desplazaron así a la antigua clase política, que quedó relegada a un segundo plano y sin poder hacer frente al poder económico que mostraban aquellos recién acaudalados. Quizá la elección que mejor reflejaba el nuevo estado de cosas fue la que se celebró en 1893, con el triunfo de los candidatos apoyados por Chávarri y con la victoria por el distrito de Marquina del industrial Martínez Rodas sobre Manuel Allendesalazar. Este último, que con el tiempo alcanzará altas responsabilidades políticas en el Estado, pertenecía a una familia de importantes propietarios rurales y había sido elegido por el

⁶⁸ CARASA (1996), pp. 169 y 192; (1997), pp. 94-98.

⁶⁹ MONTERO (1995), p. 31; DAUMARD (1991), pp. 244-245.

distrito desde 1884. Su arraigo en la zona no le sirvió y debió retirarse, incapaz de hacer frente al despliegue económico de que hacía gala su oponente y al uso generoso del dinero⁷⁰. Unamuno decía refiriéndose a las elecciones de ese mismo año en Bilbao:

Se observaban dos tendencias radicales: de un lado la vieja ... aristocracia (llamémosla así), apoyada en gran parte en tendencias religiosas, y del otro lado la nueva burguesía. Peleaban de un lado los que de abolengo ejercían el cacicato en Vizcaya, los dueños de lo más de la parte rural, los ex mayorazgos ... De otro venían los ricos de ayer y mañana, los caciques de hoy...⁷¹.

Estos poderosos industriales fueron al copo y a su paso arrumbaban incluso a aquellos personajes que contaban con una sólida tradición en el Bilbao liberal y que se habían sumado, dentro de sus posibilidades, a las nuevas actividades económicas. Sería el caso de Eduardo Victoria de Lecea, perteneciente a una familia de abolengo de Bilbao, que a pesar de incorporarse al capitalismo industrial a través de la diversificación de sus inversiones e incluso de salir elegido diputado en 1891 por ese distrito de la capital, después de gastar considerables cantidades de dinero, fue marginado por los grandes industriales del escenario político: no reunía el suficiente capital como para pertenecer a ese selecto club, y su declinar corrió paralelo al auge económico de los grandes industriales⁷².

Hubo contiendas electorales formidables, en las que se puso en evidencia que esa nueva elite que se había hecho con el control político de Vizcaya no era un bloque monolítico. En algunas elecciones se enfrentaron estos poderosos industriales, corriendo el dinero en abundancia en un juego de oferta y demanda donde los electores vendían su voto al mejor postor, obteniendo un beneficio tangible en tan singular ejercicio de su derecho⁷³. Los criterios políticos no desempeñaban ningún papel

⁷⁰ Manuel Allendesalazar era de familia noble, hijo del conde de Montefuerte y propietario rural en la zona de Guernica. Abogado e ingeniero, fue varias veces ministro y jefe de gobierno en 1919 y 1921. En 1916 formaba parte del Consejo de Administración de la Compañía Arrendataria de Tabacos, presidía el Consejo de Administración de la Unión Eléctrica Madrileña y fue presidente de la Sociedad Española de Construcciones Metálicas (CORCUERA, 1979, pp. 252-253; IBÁÑEZ, 1917, pp. 136, 378; DÍAZ, 1998, p. 114).

⁷¹ UNAMUNO (reed. 1988), p. 209.

⁷² CONDE DE URQUIJO (1927), p. 101. Sobre los Victoria de Lecea. ARBAIZA Y MARTÍNEZ RUEDA (1989), pp. 88-108. Sobre las elecciones ganadas en 1891, interesantísima información en el Fondo Victoria de Lecea, carpeta n.º 12 y otras.

⁷³ Una descripción de esta atmósfera, en ORUETA (reed. 1952), pp. 296 y ss.

en estos enfrentamientos, sino que se litigaba por diferencias personales y, sobre todo, por una pugna de intereses. La política quedaba despojada de cualquier ideal al servicio de la colectividad, para traducirse en manos de esta nueva oligarquía en un instrumento útil para sus objetivos y aspiraciones económicas⁷⁴. Como ya se ha explicado en varias publicaciones, para evitar tales enfrentamientos electorales que ocasionaban unos gastos considerables, Víctor Chávarri promovió en 1897 una coalición —*La Unión Liberal*, o más popularmente conocida como *La Piña*— que, como primera acción, se hizo con el control del Ayuntamiento de Bilbao, consiguiendo un triunfo espectacular al obtener 13 de los 15 puestos en disputa. No todos los grandes industriales se integraron en esta coalición y continuó habiendo disidencias electorales, pero éstas, ya con el comienzo del siglo, bajaron de intensidad y fueron más ocasionales.

En las otras dos provincias el panorama fue, sin embargo, más complejo y matizado. En Guipúzcoa, notables industriales, cualificados exponentes de la nueva burguesía, vieron frustrado su intento de acceder a un escaño para el Congreso de los diputados. Empresarios como el papelero Ruiz de Arcaute, el director de la Sociedad Española de Construcciones Metálicas —luego la CAF—, Orueta, y, especialmente, el vizcaíno Goitia, que entre otras cosas fue uno de los dirigentes de la Liga Vizcaína de Productores, salieron derrotados siempre por el distrito de Tolosa, en el que disputaron en vano la primacía al carlismo. No obstante, en esta provincia también se produjo una recomposición, una renovación del poder, como consecuencia de la irrupción de una organización caciquil, la coalición liberal-republicana, que bajo el manto de su común anticarlismo y liberalismo se hizo con el dominio de la provincia, controlando de modo no estable instituciones fundamentales como la Diputación, el Ayuntamiento de San Sebastián o los distritos electorales de la capital y de Irún. En esta coalición se integraban diferentes estratos de la burguesía, pero, en especial, lo que le daba su impronta era la presencia de aquellos sectores vinculados al proceso de industrialización o que animaban su desarrollo: empresarios industria-

⁷⁴ YBARRA ((1947), p. 104) lo justificaba de este modo tan singular: *pero en cambio surgieron otros hombres que al margen de los intereses políticos laboraban en el empeño de lograr protección oficial a la gran industria española de Vizcaya. Estas personas comprendieron que para llevar adelante su propósito de aumentar la industria vizcaína necesitaban la colaboración política, por lo que decidieron adueñarse ante todo de los electores vizcaínos, con lo que una vez en sus manos las representaciones del país, podrían manejarlas en las corporaciones locales y en las Cortes de la nación en servicio de su patriótico proyecto.*

les, financieros, comerciantes que diversificaban sus inversiones, profesionales liberales identificados con los nuevos valores...⁷⁵. El dominio que ejerció esta coalición fue, en cualquier caso, limitado, controvertido y no reconocido por el conjunto de la sociedad. Se quedaban al margen elites sociales —importantes propietarios, industriales— y formaciones políticas sólidamente implantadas en la provincia —tradicionalistas, en especial los carlistas—, que no comulgaban con la ideología liberal o estaban excluidas de la distribución del poder. Además, el peso de las clases medias en la sociedad guipuzcoana y su adhesión a distintas opciones ideológicas hacía más difícil el control político por parte de un reducido grupo. El resultado fue que el poder provincial no tuvo un dueño indiscutido, y si bien los nuevos grupos liberales de industriales, financieros, etcétera, desplazaron a los *jaunchos* de sus posiciones, no lograron ejercerlo de modo exclusivo y debieron compartir determinadas parcelas. A diferencia de Vizcaya, no hubo una fusión entre las elites económicas y las políticas, de manera que los cargos electivos eran ocupados por una amalgama de grupos sociales, entre los que destacaban, aparte de los industriales, gentes provenientes de las profesiones liberales. La decantación ideológica de los candidatos continuaba siendo un factor decisivo a la hora de las elecciones, y este triunfo de la política se traducían en que había que contar con ella a la hora de definir la composición de los grupos dirigentes y la renovación de la elite de poder, en la que consolidaron su presencia sectores relacionados con las nuevas actividades económicas y las clases medias acomodadas.

La Restauración fue la época dorada para los Urquijo en Alava. La *Casa* dominó sin apenas intervalos la vida política provincial e hizo de este territorio su base para acceder a cargos de representación política en el Estado. No se decantaron por ninguno de los dos partidos del turno, sino que ante todo fueron *urquijistas*, defensores de sus propios intereses⁷⁶. Fue uno de los casos más característicos de caciquismo *fuerte* habidos en la Restauración española, de predominio prolongado sobre un distrito —el de Amurrio—, uno de los tres en que se dividía Alava. Disponer de este distrito permitió a los Urquijo proyectar su influencia al resto de la provincia, sin ningún poder equivalente que se le opusiera y con una elite vitoriana sin peso ni cohesión, y sobre la que también

⁷⁵ En 1892, algunos de los más significativos personajes de la coalición eran a la vez accionistas de una de las más importantes empresas de la provincia, La Maquinista Guipuzcoana.

⁷⁶ DÍAZ (1998).

hacían sentir su influencia⁷⁷. Su hegemonía se sustentó en su posición económica y en la protección que ejercían sobre el distrito de Amurrio, protección establecida desde una relación de patronazgo con gastos directos y con una competente función de intermediación ante la Administración, lo que redundaba en determinados beneficios para los ciudadanos⁷⁸. Pero la política alavesa no se agotaba en el control de la *Casa*. En Vitoria, donde se concentraba buena parte de la población de la provincia, había una pugna que se dirimía según fuera la adscripción al liberalismo o al tradicionalismo. Guardaba, en este sentido, similitudes con lo que hemos comentado para Guipúzcoa y más aun con la relevancia que tenían las clases medias, que le otorgaba a esta ciudad su singularidad y su tono característicamente mesocrático. El poder a escala local aparecía bastante equilibrado entre diferentes grupos políticos y sociales (propietarios, industriales, profesiones liberales, comerciantes), y los tradicionales grupos de poder familiar (Velasco, Martínez de Aragón...) —en proceso de renovación personal— habían de compartir espacios de influencia con formaciones con importante representación popular: carlistas y republicanos, básicamente.

Este reparto del poder político se vio alterado en las tres provincias con la paulatina socialización de la política, que se hizo más visible desde comienzos del siglo xx y que aparejó una mayor representación institucional de las opciones con base popular. Las elites sociales cada vez mostraron más dificultades para hacer prevalecer su condición en el terreno político, sobre todo si no se acompañaba de un discurso con capacidad de atracción de la masa social. Una plasmación de este estado de cosas se dio en Bilbao en las elecciones municipales de 1903, cuando *La Piña* sufrió un formidable batacazo —sólo obtuvo un concejal— que le llevó a perder el control del Ayuntamiento, sin volverlo a recuperar a lo largo de la Restauración. Se inauguró una coyuntura de importantes dificultades para los grandes industriales vizcaínos, en la que se hacía más patente que su fuerza radicaba en su faceta de *dominio* y no de *dirección*, que diría Gramsci, y que su hegemonía no era inclusiva. Mantuvieron, en todo caso, parcelas fundamentales de poder y controlaron tanto la Diputación como los distritos electorales al Congreso, que les daban acceso a instituciones y a cargos desde los que hacer prevalecer sus intereses.

⁷⁷ Dos de los más reputados componentes de las elites sociales, el aristócrata Zavala Ortés de Velasco, cuarto marqués de la Alameda, y el industrial Ajuria, eran algunos de los *amigos políticos* con que contaban los Urquijo. Ambos fueron senadores. *Ibid.* p. 75.

⁷⁸ *Ibid.* pp. 93 y ss.; MONTÓN (1993), pp. 187-188. Como referencia comparativa, un estudio sobre otro clan familiar, el de los Ybarra sevillanos, en SIERRA (1996).

Asimismo, el espectacular éxito electoral del nacionalismo vasco en Vizcaya, a través de la familia Sota, que supuso que el hijo se hiciera con la presidencia de la Diputación en 1917, y que el cabeza de la casa y los candidatos por él avalados obtuvieran, como hemos dicho, un destacado triunfo en las elecciones de 1918 al Congreso⁷⁹, no venía sino a constatar cómo los industriales no eran un bloque monolítico y que había distintas líneas de fuerza en su seno. El clamoroso triunfo de Sota reflejaba también la importancia de contar no sólo con sólidos respaldos políticos y sociales, sino también financieros. La creciente apertura de la política y el auge de los nacionalistas vascos pusieron en aprietos a los magnates industriales vizcaínos, que reaccionaron con nuevos bríos y, aparcando sus diferencias, impulsaron una nueva organización que se aglutinó bajo el paraguas del españolismo. Reaparecieron apellidos ilustres como Chávarri y Aznar, vástagos de los creadores de la fortuna familiar, que ocuparon ahora escaños en el Congreso, simbolizando la primacía política que continuaban teniendo los industriales en esta provincia.

En los otros territorios, la mayor vitalidad de la vida política acarreó también una mayor transparencia de los procesos electorales y, como consecuencia, que las opciones populares lograsen una mayor representación. En Guipúzcoa, el aparato caciquil dominante, la coalición liberal-republicana, entró en una definitiva crisis, al tiempo que las opciones más derechistas tuvieron momentos de auge. Carlistas, integristas y nacionalistas vieron cómo su presencia institucional se ampliaba, se hacían con la Diputación, logrando en el caso del nacionalismo un creciente número de concejales en el Ayuntamiento de la capital⁸⁰. El ejercicio de la política reflejaba más nítidamente el sentir de los ciudadanos, haciéndose más evidente que los instrumentos caciquiles y económicos exclusivamente no aseguraban el triunfo. A salvo de estos vaivenes quedaban los escaños para el Congreso, con una distribución a lo largo de la Restauración estable y repartida entre distintas fuerzas, lo que habla de la existencia de un poder político fraccionado entre un amplio abanico de formaciones. Con esta importante excepción, la capacidad económica de los candidatos no era un factor determinante para

⁷⁹ Véase MEES (1992), p. 219. No era la primera vez que Sota probaba fortuna en las elecciones. En 1903 se presentó por el distrito de Guernica, pero se retiró ante la evidencia de su derrota por el todopoderoso cacique Gandarias. Según consta en su archivo privado, su elección por el distrito de Valmaseda le supuso un gasto de 169.035 pesetas. Fondo Sota y Aznar, sign. 2.911/13.

⁸⁰ En 1920 eran la formación con mayor representación en la corporación (LUENGO (1991), p. 120). En Bilbao habían conseguido, ya en 1911, ser el partido con mayor número de concejales, repitiendo en las siguientes elecciones excelentes resultados.

su elección, y los concejales o diputados provinciales salían elegidos según sus ideas, aunque las mediaciones económicas y caciquiles de los elegibles continuaban desempeñando funciones decisivas en la resolución de las elecciones. El resultado fue una acentuación del abigarramiento social del colectivo políticamente dominante, la convivencia en su seno de distintos grupos sociales. Se localizaba así a industriales destacados junto con una notable presencia de pequeños empresarios y profesionales cualificados, que le daban una impronta particular, sin desdeñar a los propietarios, que en la última fase de la Restauración recobraron posiciones⁸¹.

El panorama descrito venía mediatizado en Alava por el predominio que continuó ejerciendo la *Casa Urquijo*, sólo temporalmente alterado por una gran coalición encabezada por Eduardo Dato, que a partir de 1914 reunió tras de sí a las *fuerzas vivas* vitorianas. Precisamente, esta coalición permitió a la elite social y económica de Vitoria volver a recuperar los resortes de poder que había perdido ante el empuje de los republicanos y, sobre todo, de los carlistas⁸². El pronto agotamiento de la fórmula apadrinada por Dato, que comenzó a manifestar su crisis ya en 1917, volvió las cosas a su sitio, con el predominio urquijista en el conjunto de la provincia y con un considerable peso en Vitoria de las fuerzas tradicionalistas (carlistas, nacionalistas e integristas).

Los mecanismos de diferenciación y reproducción

Un aspecto que se reitera en los estudios sobre las elites es la necesidad de ser socialmente reconocidas como tales para que esa condición pueda ser efectiva⁸³. En aquellos años de la Restauración, con las convulsiones sociales que se vivieron en buena parte del País Vasco, las concentraciones de población y la mezcolanza de clases que se produ-

⁸¹ Al repasar la lista de presidentes de la Diputación desde que cae de nuevo en manos de los tradicionalistas, encontramos a los carlistas Joaquín Carrión, médico, a Julián Elorza, abogado, a José María Orbe, Marqués de Valdespina, importante propietario, lo mismo que el integrista y abogado Ladislao Zavala (estos dos últimos con inversiones en el sector industrial, como ya hemos dicho). En cuanto a los nacionalistas, su principal ideólogo en la provincia, Engracio de Aranzadi, era licenciado en derecho y oficial letrado en la Diputación; Aniceto Rezola e Ignacio Lardizábal, promotores iniciales de este movimiento, eran abogados, a lo que se sumaba en el caso de este último haber estudiado humanidades en París y ser un importante propietario.

⁸² RIVERA (1996), pp. 299 y ss.

⁸³ MORRIS (1990), p. 11; PRO (1995), p. 58.

ieron, se hacía perentorio fijar los códigos y roles que visualizaran las diferencias entre unos y otros. Emergía una sociedad más urbana, individualizada y secularizada, con nuevas pautas de sociabilidad y asociacionismo. Ante ello, esos grupos dominantes pusieron en pie símbolos y modelos culturales distintivos con los que forjar su identidad y marcar las distancias con los otros estratos. Ya hemos analizado en otros lugares⁸⁴ cómo el espacio urbano se convirtió en un escenario idóneo para poner en juego toda una serie de prácticas con las que se atendían esos objetivos.

Como todo grupo dominante, y más cuando está en proceso de consolidación, como era el caso del País Vasco, las nuevas elites necesitaban de un prestigio, de unas formas de vida y unos símbolos que les asegurasen el respeto y admiración del resto de la sociedad⁸⁵. Al poder económico y a la influencia política debía sumarse el prestigio social si se quería consolidar el encumbramiento⁸⁶. Para ello adoptaron un estilo de vida específico, tanto en su versión pública como en la más privada, con el que además de singularizarse poder exhibir su riqueza. La división social del espacio en las nuevas urbes, la edificación de imponentes edificios, el ocio selectivo, la sociabilidad cerrada al grupo..., fueron algunas de esas manifestaciones diferenciadoras. Se asistió así durante aquellos años a la creación de barrios residenciales exclusivos, cuyo ejemplo más evidente fue el surgimiento de Neguri en Vizcaya⁸⁷, pero que tuvo también sus manifestaciones en las otras capitales vascas. Ello vino acompañado por la propia segregación social de aquellos espacios urbanos que en principio se concebían como no privativos. Así rezaba un texto propagandístico de San Sebastián a principios de siglo con respecto a una de sus zonas de paseo, el *boulevard*:

... sobre el asfalto circulan las «toilettes» más elegantes, el mundo «chic»; en la primera avenida se pasean hombres y mujeres de trajes más modestos; en la segunda línea de árboles, junto al kiosko de la música, tienen su «rendez-vous» las obreras y los jóvenes. Esta clasificación se opera espontáneamente, sin violencias de ninguna clase, con toda naturalidad, y a pesar de la muchedumbre que llena estas avenidas, no se produce el menor desorden⁸⁸.

⁸⁴ CASTELLS, RIVERA (1995), pp. 135-165; (1999), pp. 13-55.

⁸⁵ CHAUSSINAND-NOGARET (1991), p. 302.

⁸⁶ CASSIS (2000), p. 87.

⁸⁷ Véase BEASCOECHEA (1992), (1995).

⁸⁸ *Guía ilustrada para el viajero en San Sebastián*, (1909), pp. 47-48. Un caso similar en Vitoria, ALFARO (1987), p. 57.

Las espectaculares mansiones que edificaron estas nuevas elites eran una contundente representación del nuevo poder, un símbolo expresivo de su emergente posición⁸⁹. Eran los iconos por excelencia que proyectaban hacia afuera la preeminencia alcanzada. Se dotaba a estas residencias de diversas funcionalidades, pues a las propias de la vida privada se añadían las de la recepción para dar cabida a una intensa vida social así como a los negocios o al trabajo⁹⁰. Había una corriente general de transformación del espacio doméstico del burgués, que adopta nuevos cánones buscando un mayor confort, acoplándose a los principios higiénicos e introduciendo los nuevos criterios de la decoración⁹¹. En aquella sociedad, las relaciones sociales cobraban un gran impulso y las casas se habilitaban para que las elites pudieran relacionarse y tener un contacto fluido. Las visitas caracterizaban la vida pública de la familia burguesa, lo que llevaba a que el salón adquiriera una notable preeminencia en la distribución del hogar⁹². La planta noble de las residencias de los grandes industriales vizcaínos se componía entre sus dependencias más importantes de un amplio vestíbulo, de un igualmente extenso salón, gabinete y un más reducido despacho, además del comedor⁹³. Se puso una atención especial en la decoración de las casas, por lo general muy recargada, y que debía mostrar la ascensión social de sus propietarios. La riqueza y opulencia que contenían esas moradas —auténticos palacios en el caso de los magnates bilbaínos, bastante más modestas si hablamos de los guipuzcoanos— debía hacerse pública para remarcar la preeminencia social de sus propietarios, y a ello contribuyeron las revistas gráficas de comienzos del siglo XX, con reportajes fotográficos sobre estas espléndidas mansiones⁹⁴.

El consumo de bienes de distinto género y su pública ostentación cumplían también la labor didáctica de expresar el carácter selectivo de sus vidas. Se aprovechaban circunstancias diversas para evidenciar el

⁸⁹ Sobre Neguri, BEASCOECHEA (1995).

⁹⁰ Se da cuenta de un baile en casa de los condes de Zubiría en los siguientes términos: *Allí fue todo lo más escogido de Bilbao y los suntuosos salones donde se respira toda la sobriedad y el confort de un Hall de campo, del más auténtico abolengo inglés...* A. DE LA SOTA, *Hermes*, mayo 1917, (reed. 1979), p. 232.

⁹¹ ELEB, DEBARRE (1995), pp. 7 y ss.

⁹² *Ibid.*, p. 16.

⁹³ Planos de las casas de Ybarra en el barrio bilbaíno de Deusto, en YBARRA (1949), p. 30. La disposición del palacio de Horacio Echevarrieta en Algorta, en DÍAZ MORLÁN (1999), p. 354.

⁹⁴ Los interiores de la casa de la viuda de Chávarri, en *Novedades*, 9 de marzo de 1913.

poder, y los actos sociales, con su despliegue periodístico, eran una buena oportunidad para mostrar la categoría social. Hechos que pueden pertenecer al terreno de lo privado se transformaban en públicos, lo que servía para delimitar de modo expreso quiénes formaban parte de las clases altas⁹⁵.

En gran medida, los gastos de representación de sí mismos podían considerarse también como inversiones. Los automóviles, por ejemplo, fueron rápidamente incorporados por los nuevos notables⁹⁶, haciendo de estos artefactos uno de los signos de su prosperidad, aunque la propiedad de esos lujosos coches aparejase a veces alguna incomodidad⁹⁷. Pero, sin duda, el elemento más emblemático de la ascensión de los grandes industriales vizcaínos fue la adquisición de espectaculares yates, casi sin igual por sus dimensiones y características en el resto de España. Los Chávarri, Sota, Martínez Rivas, Horacio Echevarrieta... disponían de sus correspondientes embarcaciones de recreo, que en el caso de Sota fueron renovadas con cierta frecuencia. La sociedad burguesa se sustentaba sobre la propiedad; una propiedad que los más acaudalados se encargaban de hacer tangible y poner a la vista de todo el mundo⁹⁸.

Generaron una cultura propia y nuevas formas de ocio y esparcimiento. El veraneo, en San Sebastián o en Las Arenas, si no en Biarritz, era una cita obligada para las elites, a la que también trataban de sumarse las clases medias con más recursos, que se miraban en el espejo de los de arriba para intentar reproducir sus comportamientos⁹⁹. Desarrollaron nuevas prácticas deportivas, siguiendo la influencia inglesa, con un común denominador: su carácter elitista¹⁰⁰. Optaron por deportes como la hípica, los balandros, carreras de coches, tenis, golf..., con un evidente tono exclusivista, mientras que la espectacular popularización del fútbol les llevó a no situarlo entre sus favoritos, aunque hubie-

⁹⁵ Con ocasión del enlace de dos familias adineradas de San Sebastián, el periódico *El Pueblo Vasco* (20 de octubre de 1922) recoge con detalle los regalos recibidos por la pareja y en qué consistían.

⁹⁶ Hacia 1899, *D. José de Villalonga e Ybarra trajo a Bilbao el primer automóvil que se conoció en Vizcaya, y al que tantos más iban a seguir*. YBARRA (1947), p. 200.

⁹⁷ Víctor Chávarri hijo cambiaba de coche con asiduidad y disponía, en 1911, de tres chóferes. En 1912 se compró un Rolls Royce que le originó diversos problemas pues no disponía ni de mecánicos para arreglarlo ni de recambios. Fondo Chávarri. Copiador de cartas.

⁹⁸ DAUMARD (1991), p. 243.

⁹⁹ Véase, en tono burlón, el artículo de BONNAT, «De la corte a la costa», en *Novedades*, 27 de julio de 1909, a costa de los padecimientos de un funcionario madrileño para poder veranear en San Sebastián.

¹⁰⁰ WALTON (1999).

ran sido sus primeros practicantes¹⁰¹. El deporte podía ser un conducto tanto para satisfacer el ocio como para mantener unas relaciones sociales cerradas. Por eso fundaron clubes privados y de acceso extraordinariamente restringido¹⁰². En este terreno se llevaron la palma las competiciones de balandros, a las que tan aficionados se hicieron los grandes capitalistas bilbaínos. La asistencia de Alfonso XIII a las regatas que se celebraban en Bilbao fue una ocasión espléndida que no desaprovecharon los magnates industriales para estrechar relaciones con el monarca y acrecentar de paso su relevancia social¹⁰³.

La nueva burguesía industrial fomentó una cultura refinada e impulsó las expresiones artísticas más sofisticadas, de las que se apropió asegurándose con ello el beneficio de la *distinción*¹⁰⁴. La nueva elite social debía rodearse de signos no sólo materiales que le dieran brillo y le otorgaran un prestigio del que quizá por origen carecía. La alta burguesía vizcaína se significó especialmente en este terreno, adquiriendo con ese objeto bienes culturales, entre los cuales las obras de arte fueron unos de los más apreciados. Compró cuadros a pintores locales y sobre algunos de ellos ejerció una labor de mecenazgo, promocionando así un movimiento pictórico de indudable interés y atractivo a principios del siglo XX en Vizcaya. A su impulso se debió también la consolidación de proyectos como la Sociedad Filarmónica de Bilbao, que promovió la música clásica en la localidad, para lo que habilitaron una sala de conciertos¹⁰⁵. Aunque se puede objetar que su labor cultural quedó muy lejos de lo que sus posibilidades financieras ofrecían, también es cierto que algunos de los nombres más granados de esa nueva elite social figuraban en las iniciativas culturales más prestigiosas que se produjeron en las distintas provincias. Una muestra de esa sensibilidad por las distintas expresiones artísticas la tenemos en el caso de Ramón de la Sota, aficionado a la música y a la pintura, que financió la revista cultural más importante del momento, *Hermes*, y estuvo presente como socio en numerosas instituciones culturales vizcaínas¹⁰⁶. Es

¹⁰¹ LUENGO (s.f.), p. 117; ALFARO (1987), pp. 139-140.

¹⁰² Era el caso del Club de Polo Lamiaco, con un número muy reducido de socios, entre los que se contaba lo más granado de las familias vizcaínas. Fondo Sota y Aznar, sign. 2889.12.

¹⁰³ YBARRA (1947), p. 253; RIVERA (2001), p. 467.

¹⁰⁴ BOURDIEU (1991), p. 226.

¹⁰⁵ RODAMILANS (1998). Entre los socios fundadores estaban los nombres de Tomás Zubiría, Alfonso Urquijo, Rarmón de la Sota, Benigno Chávarri... Por su parte el Conde de Zubiría ayudó en sus inicios al músico J. Guridi.

¹⁰⁶ Entre 1916 y 1918 fue socio de la Asociación de Artistas Vascos, del Círculo de Bellas Artes, de la Sociedad Coral, de la Filarmónica y del Ateneo, y pagaba una cuota por el

posible que el caso de Sota resultara un tanto excepcional¹⁰⁷, pero a medida que esas nuevas sagas consolidaban su posición económica se fueron acercando a la cultura, de la que además del interés que les iba suscitando, percibían que era un medio útil de diferenciación.

Un ámbito al que prestaron especial atención fue el de la formación, conscientes de su trascendencia y de las variadas implicaciones que tenía. Dentro de la inclinación de la alta burguesía vizcaína por lo inglés, como compendio de lo útil, productivo y elegante, la generación de los primeros industriales envió a sus descendientes a Inglaterra con la finalidad de que se educaran tanto en los hábitos económicos como en los comportamientos sociales. Adquirieron allí una buena instrucción y no era extraño que empleasen el inglés en su correspondencia y estuviesen suscritos a revistas de ese país¹⁰⁸. Otro de los lugares predilectos de los notables industriales vizcaínos era la Escuela de Ingenieros de Lieja, donde, por ejemplo, estudiaron Víctor Chávarri o Tomás de Zubiría. Las clases altas de las otras provincias vascas ni disponían de esos recursos económicos ni tenían el referente británico, pero también había una preocupación por otorgar una adecuada instrucción a sus descendientes. Por lo que sabemos de la familia Zavala de Tolosa, importantes propietarios con alguna incursión en la industria, solía seguirse un circuito que pasaba por la enseñanza en un centro religioso y culminaba con una carrera que, hasta que abrió sus puertas Deusto, debía de cursarse en alguna Universidad de fuera del País Vasco, siendo la de Valladolid la preferida¹⁰⁹. Se trataba de una educación dirigida principalmente a los varones, aunque a las mujeres se les proporcionaba también una cierta instrucción para que así dispusieran de un capital que poder hacer valer cuando llegase el enlace matrimonial, momento crucial en sus vidas¹¹⁰. El interés de los progenitores porque sus hijos

palco para la temporada de ópera en el Coliseo Albia y en el Teatro Campos Elíseos. Fondo Sota y Aznar, Libros 1.775 y 1.995.

¹⁰⁷ Conocemos también las aficiones artísticas del industrial Horacio Echevarrieta, que reunió una importante pinacoteca. (DÍAZ MORLÁN (1999), pp. 265-266). Del banquero Julio de Arteche se destaca *sus actividades en patronatos de museos y obras culturales de su entorno* y asimismo a Federico Echeverría la gustaba la pintura (VV.AA. (2000), pp. 28 y 266).

¹⁰⁸ Era el caso de Víctor Chávarri Anduiza, que estaba además suscrito a cuatro revistas inglesas. Fondo Chávarri. Copiador de Cartas, n.º 2.

¹⁰⁹ Deusto aparte, la vida cultural vasca ha estado muy marcada por la ausencia de una universidad hasta hace unas pocas décadas.

¹¹⁰ María Lardizábal, casada con Telesforo Monzón, familias ambas de propietarios, estudió en el colegio del Sagrado Corazón de Burdeos. Dominaba el francés y escribía con gracia y soltura. Su hija Soledad siguió los mismos pasos, estudiando en su estancia asig-naturas como religión, canto, piano y aguja, pero también aritmética, gramática, etcétera.

cursaran estudios universitarios se extendió en aquellos años, aun cuando por su posición económica no les resultaran imprescindibles. Así se expresaba, en 1915, un miembro de los Zavala que, en tono comprensivo con respecto a un sobrino con algunas dificultades en sus estudios, señalaba: *En cuanto a la carrera, creo que ha sido una necia preocupación la que hubo en nuestro tiempo de dársela a todo el mundo como cosa indispensable...*¹¹¹. A nadie se le escapaba que la posesión de la cultura y de la formación era una marca de excelencia, a la par que un capital que bien administrado podía permitir a profesionales cualificados ascender socialmente. No es extraño, por tanto, la atención que pusieron en aquellos años los grupos acomodados urbanos en la educación de sus descendientes, que era vista como una inversión de la que se podían obtener unos buenos réditos.

Los aspectos cotidianos aparentemente más intrascendentes que tenían que ver con los estilos de vida cobraban un especial valor en la medida en que contribuían tanto a crear puntos de afinidad entre las elites como a separarlos de los de abajo. Eran rasgos, *signos*, de un especial vigor. Por eso, los comportamientos convencionales de la vida diaria y familiar fueron contribuyendo a crear formas simbólicas de identidad. La indumentaria, las fiestas, la educación esmerada, el buen gusto..., asentaron un poso común cohesionador que definía a un colectivo y creaba unos códigos y hábitos sólo accesibles para un selecto grupo¹¹². Así, prestaban especial atención a las prácticas diarias, con objeto de que sus modos de vida reflejasen en sus diversas facetas su carácter distintivo. Gustos elegantes, hábitos refinados, esmerada educación, servicio doméstico numeroso; en definitiva, las buenas maneras como símbolo que marcara las distancias e indicase la pertenencia a un determinado grupo¹¹³.

Pero una forma de vida tan ostentosa originaba importantes desembolsos. En el caso de Ramón de la Sota, los gastos domésticos originados en su residencia habitual, en 1918, ascendían a 576.593 pts., entre los que se incluía el sueldo a profesores (uno de ellos de esgrima), una

Archivo Zavala, cajas 81 y 83. María fue, junto con su hermano Ignacio, de los primeros nacionalistas vascos en Guipúzcoa.

¹¹¹ En otra parte del texto le dice a su cuñada: *... no te preocupes tú por motivo de los estudios de tu hijo, que gracias a Dios no ha de necesitar de ellos para poder vivir conforme a su clase*. Carta de Luis Zavala a S. Monzón, 5 de mayo de 1915. Tanto el propio Luis Zavala como su hermano Ramón, padre del joven y en ese momento ya fallecido, habían estudiado leyes, cosa que también hizo el sobrino Ramón. Archivo Zavala, caja 78, 25.

¹¹² BUDDE (1994), p. 51; KOCKA (1994), p. 14; (1993) p. 7; (2000), p. 37.

¹¹³ MENSION-RIGAU (1997).

institutriz inglesa y la servidumbre (que suponía al año 18.976 pts.). Era un tren de vida lujoso, que podía permitírsele merced al respaldo de su sólido patrimonio, evaluado en torno a los 50-70 millones de pesetas. Ello le permitía poseer, entre otros bienes, varias residencias, disponer de un yate y mantener una tripulación de unas 26 personas, que le venía a suponer un coste de unas 62.000 pts.; o tener un gasto anual en la partida de coches de 77.000 pts., por conceptos como sueldos, reparaciones, gasolina, o bien desembolsar en las bodas de sus hijas del orden de las 100.000 pts.¹¹⁴. Era un volumen de gasto sólo accesible para los grandes capitanes de la industria vizcaína, pero los otros estratos de las elites también trataban, dentro de sus posibilidades, de rodearse de comodidades y de servicios que reflejasen su posición. Los Monzón, familia de notables hacendados vergaenses, contaban en el momento de casarse (1892) con un servicio de cuatro chicas, para una vez transcurridos unos años, ya con descendencia, disponer de una institutriz alemana, una gobernanta inglesa, además de una profesora de francés que acudía diariamente. Se recreaba una atmósfera cuasi señorial, por encima de las posibilidades económicas de la familia, en cuyo ambiente se crió uno de los hijos, Telesforo, que con los años llegaría a ser destacado dirigente del nacionalismo y del «pueblo trabajador vasco»¹¹⁵, y que, al decir de algunos que le conocieron, no llegó a perder el tono distinguido cultivado en su infancia.

En definitiva, las elites vascas desarrollaron unas prácticas sociales que ayudaron a marcar los terrenos y a diferenciar a unos de otros. Pero si estas estrategias de diferenciación fueron importantes, no lo fueron menos aquellas que tenían que ver con las formas de reproducción social. En este sentido, el establecimiento de una red de relaciones sociales amplias se presentaba como fundamental para adquirir y reproducir el poder, sin olvidar que la intercomunicación era lo que permitía la socialización de pautas, reglas, etcétera¹¹⁶. Una institución central en esta red de relaciones era la familia, que se constituía, como se ha dicho muchas veces, en pieza básica a través de la cual se mantiene y distribuye el poder, y elemento esencial para la formación de las elites y su

¹¹⁴ Datos extraídos de diferentes libros del fondo Sota-Aznar.

¹¹⁵ Archivo Zavala, caja 76. La correspondencia también recoge las críticas que merecía la madre de Telesforo de otros familiares por sus excesivos gastos y la explicación que daba ésta —bastante razonable, por cierto— acerca del numeroso servicio extranjero que mantenía: *Tenemos verdadero empeño en que los niños y los grandes aprendan perfectamente inglés. El alemán y el inglés son ahora lenguas enteramente necesarias para carreteras de chicos*. 13 de noviembre de 1913.

¹¹⁶ PRO (1995), p. 54; SERNA, PONS (1994), p. 91.

reproducción¹¹⁷. Preocupación fundamental en las estrategias familiares la constituía el matrimonio, cuestión decisiva que propiciaba los incrementos patrimoniales¹¹⁸ y que originaba, por tanto, que a la hora de su elección entrase también en consideración una perspectiva utilitaria e interesada. Conseguir una buena boda podía suponer que, al margen de asegurar la descendencia familiar, se establecieran alianzas interfamiliares y se preservasen y ampliases los bienes de los cónyuges. Las elites vascas asumieron, en sus diferentes estratos, las inferencias que se derivaban del matrimonio y practicaron una política marcadamente endogámica. González Portilla ha estudiado el caso de los grandes industriales vizcaínos y el estrecho entrelazamiento entre el poder económico y unos pocos entramados familiares, así como la utilización del matrimonio para unir clanes poderosos¹¹⁹. No era un caso singular, sino que en las otras provincias vascas también se daban esos comportamientos endogámicos entre las elites, aunque sus menores disponibilidades financieras les restaban posibilidades de lograr tan «buenas bodas».

En los enlaces familiares se buscaba un *intercambio simétrico de bienes* y obtener el máximo provecho del capital humano y económico que aportase cada contrayente¹²⁰. Había que tomar sus precauciones, y es lo que hizo la madre de una Monzón cuando, ante la eventualidad de la boda de su hija, inquirió con franqueza a la otra familia acerca de sus posibilidades económicas, razonando que *ni mi hija ni yo creemos que la felicidad está en tener mucho dinero, pero ya sé que tampoco se encuentra en vivir sin desahogo, sin poder dar frente a las necesidades que llevan consigo la clase, la educación, y una familia que Dios pueda enviar*¹²¹. Hubo también señalados casos de bodas desiguales que permitieron el ascenso social de alguno de los contrayentes. Esto ocurrió con Rafael Picavea, un guipuzcoano que después de realizar su formación comercial en Francia e Inglaterra ocupó cargos ejecutivos en la industria vizcaína, pero cuya au-

¹¹⁷ McDONOGH (1988), p. 266; MARTÍNEZ (1996).

¹¹⁸ SERNA, PONS (1992), p. 186. Un exponente de las múltiples funciones de la familia en SIERRA (2000).

¹¹⁹ GONZÁLEZ PORTILLA (1992), (1994), (1995). También S. DE LA HOZ y otros en su interesante trabajo (1992).

¹²⁰ MARTÍNEZ (1996), p. 152.

¹²¹ Archivo Zavala, caja 85-51, carta de María Lardizábal a F. Eznarriaga, 11 de agosto de 1896. La idea que existía de ciertas bodas quedaba expresada en esta otra carta: *A la noticia de la boda del primogénito de los Sres. Condes de Villafranca se puede decir lo que Luis Zurbano al anunciarlo: ¡Viva California! Con qué descaro se busca en este siglo el dinero, o los sacos de oro, vestidos de mujer, como yo digo.* Archivo Zavala, caja n.º 73-2. Carta de P. Lardizábal a su sobrina S. Monzón, 10 de agosto de 1897.

téntica fortuna llegó al casarse con la hija de uno de los más significados empresarios, Federico Echevarría. La boda le abrió perspectivas insospechadas tanto en el terreno económico como en el político y social¹²². De todos modos, los enlaces entre las elites se daban por lo general en círculos concéntricos, es decir, industriales con industriales, propietarios con propietarios..., conforme al tipo de sociabilidad imperante, que venía a reflejar que las antiguas divisiones no estaban en absoluto superadas.

Precisamente, otro de los ámbitos fundamentales para la reproducción social fue el de la sociabilidad. Disponer de un amplio abanico de relaciones resultaba vital tanto para consolidar una posición como para obtener nuevas cotas de influencia. Las fiestas mundanas, los bailes, las reuniones sociales, la pertenencia a clubes, no eran actos intrascendentes sino que además de satisfacer las necesidades sociales abrían expectativas de relación que podían fructificar en nuevos negocios, alianzas de intereses, futuros enlaces, etcétera. La posesión de una amplia gama de relaciones se erigía en un capital que bien administrado revertía en un incremento del poder¹²³, y su utilización en una dimensión tanto pública como privada reportaba provechos de muy diversa índole. En aquella sociedad de masas, los lugares de encuentro estaban muy concurridos y las elites se cuidaron de levantar espacios propios donde relacionarse. Determinados paseos, las reuniones sociales en las casas para los *thés*, los clubes selectos y selectivos, fueron lugares a los que las elites asistían para tejer redes de relaciones y no quedarse desplazados. Surgieron en las capitales vascas los centros recreativos exclusivistas, llevándose la palma en Bilbao el Marítimo, «meca» de la «*creme*» de la «*creme*»¹²⁴, y el Sporting Club, encabezados respectivamente por Sota y Martínez Rivas, en San Sebastián el Cantábrico, y en Vitoria el Círculo Vitoriano o el Vitoria Club, *centro de esparcimiento distinguido*¹²⁵. Existían asimismo otros puntos donde coincidían las elites: consejos de administración, ligas industriales, asociaciones económicas, etcétera. Estos distintos ámbitos de sociabilidad tenían un doble efecto: cohesionaban al grupo y creaban elementos de identidad, acciones éstas tanto más necesarias cuanto que estamos refiriéndonos a un colectivo por naturaleza muy fragmenta-

¹²² Había dirigido las oficinas centrales de Altos Hornos de Vizcaya y luego fue accionista y miembro del consejo de administración de La Papelera Española, Banco de Vizcaya, Banco Guipuzcoano, Hidroeléctrica Franco Española... invirtió en minas con Chávarri, fue diputado a Cortes en distintos momentos, senador y dueño de un importante periódico donostiarra, *El Pueblo Vasco*.

¹²³ PRO (1995), p. 69.

¹²⁴ A. DE LA SOTA, *Hermes*, julio de 1917.

¹²⁵ ALFARO (1987), p. 134.

do. Había, en efecto, muchos puntos de fricción entre las elites: desavenencias personales, rivalidades por la primacía, discrepancias políticas, intereses económicos dispares... El individualismo y la competencia propias del mundo empresarial no facilitaban unas relaciones armónicas entre los grupos socialmente dominantes¹²⁶. Para contrarrestar estas tensiones existían esos puntos compartidos que facilitaban la convivencia de las elites y, en definitiva, su integración. La sociabilidad doméstica cumplía a este respecto una importante función, y las visitas y reuniones que se celebraban en las casas particulares contribuían a extender unos determinados valores culturales y a fortalecer sus nexos¹²⁷.

Había, además, intereses similares que proteger, entre los que destacaban el responder al empuje de las organizaciones obreras o, especialmente, la defensa de una política económica proteccionista. Esas dos decisivas preocupaciones creaban vínculos de entendimiento entre las elites. Era notable la fuerza integradora de las asociaciones económicas¹²⁸, y no menor la que desempeñaba la confluencia en consejos de administración. Empresas tan emblemáticas como Altos Hornos de Vizcaya, o los Bancos de Bilbao o Vizcaya, sentaban en sus consejos de administración a personajes que competían en distintas esferas de la vida. Era sintomático el caso de Sota, activo nacionalista en un momento en el que las «fuerzas vivas» se unían para luchar contra esta ideología, lo que no le impidió su amistad con Alfonso XIII ni mantener unas intensísimas relaciones sociales con las elites, que le condujeron, por ejemplo, a ser presidente del Marítimo del Abra. Como señala María Sierra¹²⁹, los lazos de familia, de amistad, así como la posición socio-económica, contribuían a generar sentimientos de afinidad, que se veían reforzados con prácticas sociales confluyentes.

Requisito para formar parte de las elites y ser considerado como integrante de tan selectivo grupo era mostrar que se era influyente y ejercer de forma eficaz funciones de «intermediación» con organismos superiores (Administración, Justicia...). Los poderosos debían evidenciar tal condición obteniendo *favores* para aquellas personas que estaban bajo su tutela, que a cambio de sus apoyos político-electorales (entre otros), demandaban, cuando estaban en condiciones de hacerlo¹³⁰, la

¹²⁶ CROSSICK (1998), pp. 1.103 y ss.

¹²⁷ BELCHEM, HARDY (1998), p. 68.

¹²⁸ SOLÁ (1993), p. 426.

¹²⁹ (1996), p. 411.

¹³⁰ Algunos estudios actuales sobre la Restauración olvidan a veces señalar que los electores no estaban en disposición de optar, ni de pedir servicio alguno al cacique de tur-

consecución de beneficios particulares o para la comunidad¹³¹. Esta regla no sólo era válida para los políticos de corte caciquil, cuyos programas se nutrían de logros concretos obtenidos para el distrito, sino también para las elites en general, que para no perder su prestigio debían hacer patente ante sus patrocinados su capacidad de intervención y la eficacia de su función *protectora*¹³². La consulta de los archivos privados resulta abrumadora, y hasta tediosa, por la cantidad de favores de todo género que se demandaban tanto por parte de los «de abajo» como entre las propias elites, con el tipo de obligaciones mutuas que a partir de ahí se creaban. La lectura de la correspondencia privada ofrece un panorama desolador en tanto que de ella se deduce que una parte no desdeñable de las decisiones que se adoptaron en los diferentes niveles de la administración a lo largo de la Restauración habían soportado algún tipo de injerencia, y esto vale tanto para las grandes decisiones económicas del Estado como para la designación, por ejemplo, de un maestro de pueblo¹³³. El favor se convertía de este modo en un instrumento de intercambio que fijaba la capacidad de mediación de los «patronos» y el grado real de su poder, y el termómetro que hacía que se ampliase o se estrechase su capital simbólico y su red caciquil.

Un último factor de gran trascendencia para la reproducción de las elites, y sobre el que regresamos de nuevo, es el de la educación. Esta, para satisfacer las necesidades de tales sectores, debía cumplir principalmente dos condiciones. Una primera era que fuese selectiva, que congregase a alumnos de condición social parecida, reuniendo a los hijos de las clases altas. Es lo que formulaba con claridad un Zavala cuando recomendaba un determinado centro porque *yendo a un colegio, sobre todo a un colegio donde vayan hijos de familias distinguidas, podría hacer relaciones de amistad que pueden serle útiles el día de mañana*¹³⁴. La segunda condición era que impartiese una formación

no. La base de la relación era profundamente desigual y, muchas veces, el cacique utilizaba los resortes en sus manos para exigir el voto sin que hubiera contraprestación por su parte.

¹³¹ VEIGA (1999), pp. 34 y ss; ZURITA (1996), pp. 156 y ss.

¹³² MARÍN (2000), pp. 21 y ss.

¹³³ En la correspondencia del fondo Gandarias, uno de los más reputados oligarcas vizcaínos, hay desde cartas de un alcalde de un pueblo pidiendo que la Diputación no revise las cuentas de su municipio hasta la formidable cadena que pone en marcha Gandarias para que se resuelva favorablemente a sus intereses un asunto judicial; cadena en la que aparecen Sagasta, capitanes generales, presidentes de Sala, presidente de la Audiencia, etcétera.

¹³⁴ Archivo Zavala, carta de Luis Zavala a su cuñada S. Monzón, 19 de setiembre de 1914, caja n.º 78.

tanto moral como práctica actualizada, de forma que además de inculcar a los alumnos unos códigos de conducta, les capacitase para intervenir en un mercado económico cambiante. Por lo que ha visto Maitane Ostolaza para Guipúzcoa¹³⁵, las congregaciones religiosas dieron una más que satisfactoria respuesta a las demandas sociales, adaptándose a las exigencias del momento y actualizando sus estrategias educativas conforme a lo que las necesidades económicas reclamaban. En el mismo ciclo educativo se operaba ya una selección social, quedando la secundaria para los económicamente poderosos, de forma que acceder a ella implicaba tanto una barrera entre unos grupos y otros, como un sello de un determinado nivel social¹³⁶. Los marianistas fueron los encargados en Guipúzcoa de instruir a los varones pertenecientes a las elites, con unos objetivos que buscaban formar jóvenes distinguidos por medio de una educación exclusivista, ajustada a las exigencias del sistema productivo y de marcado carácter católico. Con respecto a la educación femenina, las hijas de la aristocracia y de la gran burguesía acudían a los colegios de la Compañía de María, estando el bachillerato excluido de sus estudios¹³⁷. El acento en este caso no estaba tanto en la instrucción, sino que los objetivos iban por otros derroteros: *las Madres fundadoras, al establecer dicho colegio, se propusieron hacer un bien a su patria, dándole virtuosas doncellas, cristianas esposas y buenas madres*¹³⁸.

Pero, sin duda, una congregación que destacó por su interés en influir sobre la sociedad y en formar a las elites fue la de los jesuitas. Ya en 1892 el Nuncio presentaba a esta orden como *educadores de los hijos de las familias más distinguidas*¹³⁹, para lo que dispusieron de varios centros¹⁴⁰, sobresaliendo, dentro de la enseñanza superior, la Universidad de Deusto, que venía a cubrir en parte y de determinada manera la ausencia de universidad pública que durante tanto tiempo ha soportado el País Vasco. En la labor docente de Deusto se pueden distinguir dos etapas. La primera comienza con su puesta en marcha en el curso 1886-1887, impartiendo estudios de Filosofía y Letras, Derecho y como escuela preparatoria de carreras técnicas. La segunda tiene su

¹³⁵ OSTOLAZA (1998).

¹³⁶ *Ibid.*, p. 245.

¹³⁷ *Ibid.*, pp. 83-84.

¹³⁸ S. A. (1877).

¹³⁹ Citado en OSTOLAZA (1998), p. 258.

¹⁴⁰ Los jesuitas disponían desde 1910 de un colegio en Hernani y, sobre todo, desde 1870 de otro muy activo en Orduña, en el que, entre otros, estudió Sabino Arana.

inicio en 1916 cuando se abre la Universidad Comercial, destinada a *formar los jefes de empresas, los hombres de negocios, los gerentes; en una palabra, los directores*¹⁴¹. Doble acierto de los jesuitas, que cubrirían un déficit en la preparación como gestores de las elites vascas, pero que a la vez, y muy importante, se dotaban de un instrumento para captar y formar a los núcleos dirigentes de la sociedad no sólo vasca. No en vano detrás de la fundación de Deusto primero y de la Comercial después, estuvo el sostén económico de conocidas personalidades de la alta burguesía vizcaína¹⁴². Proporcionaban una instrucción humanística y práctica según las carreras que se cursaran, siempre bajo el amparo de una sólida formación cristiana, pero sin olvidar las buenas maneras distintivas, pues los jóvenes debían *guardar en todos estos salones la delicadeza en el trato, la finura en los modales y las reglas de conducta que se observan en todo casino o círculo de personas distinguidas*¹⁴³. Con Deusto, los industriales vizcaínos dispusieron de un lugar al que podían enviar a sus hijos y donde no sólo se formaban para ocupar sus futuros cargos empresariales sino que también era un marco excelente para trabar relaciones con gentes de igual categoría social. Por sus aulas pasaron buena parte de los apellidos más ilustres de la oligarquía vizcaína: Ybarra, Zubiría, Arteche, Delclaux... en una visible muestra del encuentro entre los jesuitas y la alta burguesía bilbaína.

La presencia de los jesuitas en la sociedad vasca de aquellos años fue intensísima y no se limitó a la educación. Sus intervenciones en los ámbitos político y laboral fueron constantes e influyentes, organizando sindicatos obreros de carácter antisocialista y apoyando determinadas opciones políticas¹⁴⁴. Los archivos privados permiten comprobar la penetración de la orden entre las clases altas y la captación paulatina de nuevos miembros¹⁴⁵. No se puede caer en el primario sentimiento anti-jesuita que cultivó Blasco Ibáñez en *El intruso*, pero a la vez hay que

¹⁴¹ Palabras del discurso de apertura del Padre L. Chalbaud, en COLINAS (1996), p. 23.

¹⁴² Se creó una sociedad anónima para levantar Deusto, constituida, entre otros, por Ybarra, Villalonga o la viuda de Epalza. La Comercial contó con el apoyo decidido de Fernando de Ybarra, Ramón de la Sota, Víctor Chávarri, P. Chalbaud, etcétera, que formaron parte del primer patronato de la Fundación Aguirre, la cual promovió la creación del centro y costeó buena parte de los primeros gastos (REVUELTA (1992), pp. 21 y ss.).

¹⁴³ Citado en SÁENZ DE SANTA MARÍA (1978), p. 70.

¹⁴⁴ Algo de lo que decimos se puede ver en ROBLES (1997).

¹⁴⁵ De manera muy crítica presentaba esa creciente influencia un conocido escritor de la época: *El catolicismo, en efecto, es una plaga para nuestro país. ¿Ha observado V. cómo los jesuitas se están ocupando en captar las personalidades vascas? Todos los hombres audaces de los negocios, están ya capados...* Carta de José María Salaverría a Unamuno, 19 de diciembre de 1907, en TELLECHEA (1996), p. 59.

convenir en que determinadas conductas de la Compañía y sus estrechos vínculos con las clases dominantes creaban entre ciertas capas una atmósfera que facilitaba la recepción de los argumentos del escritor valenciano.

A modo de epílogo

El repaso que hemos realizado de las elites del País Vasco viene a poner en evidencia las similitudes que guarda con respecto a lo acaecido en otros países europeos. A través de lo expuesto se constata cómo hay un cambio en las elites sociales y una renovación de los grupos de poder. Los hacendados rurales fueron perdiendo influencia social y poder político en favor de los nuevos sectores económicos, encabezados por los empresarios industriales, sin desdeñar la importancia que fue adquiriendo una creciente clase media. El desarrollo del capitalismo se hacía sentir en la España finisecular, y de modo más sensible se hizo notar en el País Vasco, con las consiguientes modificaciones sociales y la lucha por una nueva distribución del poder. Los grupos de poder hasta entonces existentes, las redes de relaciones establecidas, se vieron alteradas por otros nuevos que, enriquecidos a través de distintas actividades, reclamaron un mayor protagonismo en todas las esferas sociales.

Ahora bien, el caso analizado también nos muestra que cuando descendemos a observar la historia desde una perspectiva cercana, próxima a los sujetos, ésta se nos presenta llena de matices y variedades, difícilmente encajable en un modelo de aplicación general. Las tres provincias vascas tuvieron durante aquellos años desarrollos distintos y los procesos sociales resultaron muy diversos. No fue lo mismo el potente empresario bilbaíno que surgió con la industrialización que el gran burgués vitoriano, enriquecido con la especulación del ensanche de la ciudad. No sólo les diferenciaba su patrimonio; también los valores que asumían, su relación con los grupos de notables tradicionales, su afán de exclusividad, etcétera. Las disparidades provinciales en cuanto a la conformación de las elites, así como sus características, eran ostensibles. Por eso, una reflexión sobre los grupos dominantes del País Vasco que no tenga en cuenta estas peculiaridades resultaría empobrecedora. Esta constatación tampoco puede hacernos caer en un relativismo extremo que impida obtener cualquier tipo de conclusiones. La más palpable, como ya hemos dicho, es el desplazamiento de los grupos tradicionales de poder, y su sustitución por un nuevo y heterogéneo grupo social.

A lo largo del artículo hemos evitado formular definiciones sobre grupos sociales en la medida que puede resultar un ejercicio empobrecedor y esquemático al encerrar en modelos ideales a colectivos que en el transcurso histórico se muestran complejos y con comportamientos variables. El empleo de términos como aristócrata o burgués, como dos conceptos cerrados, que vinieran a representar a grupos opuestos, como unas categorías fijas, no hace sino simplificar los procesos históricos. Como nos han propuesto desde vertientes muy distintas de la historiografía¹⁴⁶, sólo es posible entender la construcción de los grupos sociales en su relación con los demás, en su confrontación y comunicación con los otros. A partir de esta perspectiva, a lo largo del trabajo se refleja la emergencia a un primer plano de un grupo social que por sus características podemos catalogar como burgués, que desempeñó un papel central en aquella sociedad. A este respecto, y respondiendo a una de las preguntas que suele suscitarse con este tema¹⁴⁷, no cabe duda del protagonismo de estos grandes burgueses, que se constituyeron —con sus distintas variantes provinciales— en grupo hegemónico. Van a introducirse en la sociedad vasca nuevos valores típicamente burgueses, relacionados con el fomento de la riqueza, el éxito, la disciplina social, la laboriosidad, la justicia y lógica de la desigualdad, su regulación paternalista..., que conformaban un ideario intercambiable con los burgueses de otros lugares de Europa.

Esta nueva elite de grandes burgueses no era, en cualquier caso, un grupo estrechamente cohesionado, ni sólidamente unido, sino que como colectivo diverso agrupaba a sectores con intereses económicos y sociales distintos y, a veces, encontrados. No en vano hemos agrupado bajo esta calificación a sectores como grandes industriales, pujantes comerciantes, especuladores del suelo, poderosos rentistas, profesionales muy cualificados, antiguos aristócratas reciclados o que se resistían a serlo...; en suma, una maraña de intereses que podían divergir en temas muy diversos. Por eso, hablar de *burguesía* como una clase única puede diluir los importantes matices que se engloban bajo esta denominación, oscurecer el juego de las diferentes estrategias que se ponían en práctica por estos grupos y que pueden quedar mejor reflejados si hablamos de *burguesías* en plural. El análisis cercano de estos grandes burgueses cuestiona la idea de que existiera en este colectivo una identidad absoluta, fija e inmutable, sino que más bien lo que emerge es un paisaje más matizado en el que las discrepancias y fracturas eran moneda

¹⁴⁶ Nos referimos a autores como E.P. Thompsom o R. Romanelli.

¹⁴⁷ PÉREZ LEDESMA (1999).

corriente. Además, sus pugnas económicas, sus contrapuestas adhesiones políticas e ideológicas —recuérdese el caso de Sota—, no hacen sino poner en evidencia que las identidades son múltiples y volátiles, y que, como las clases, se constituyen y reconstituyen¹⁴⁸.

Tales prevenciones acerca de una comprensión lineal de la identidad no pueden obviar que en el País Vasco se produjo la emergencia a un primer plano de un grupo que se percibía a sí mismo distinto, que adoptaba unas prácticas para diferenciarse y que pugnaba por tener una mayor relevancia en la sociedad. Había, como hemos dicho, elementos que facilitaban la fractura, pero asimismo existían otros que creaban afinidades y entendimientos. J. Kocka ha explicado en distintas publicaciones cómo lo que unió a los diferentes sectores de la burguesía europea fue la existencia de un enemigo común, que bien podía ser la nobleza en un primer momento o los de «abajo» después. Recogiendo esta sugerencia, hemos visto cómo en el País Vasco existían vigorosas líneas de fuerza que tendían a entrelazar a esa renovada elite: el proteccionismo, la oposición al socialismo y al movimiento sindical, una determinada política social, etcétera, que se constituyeron como un substrato, un poso común que actuaba cohesionándola y delimitándola frente al exterior. Pero, sobre todo, lo que distinguía a aquellos burgueses de las distintas provincias vascas era su voluntad de afirmarse en aquella sociedad, de hacer patente su hegemonía y de ser reconocidos socialmente como tal grupo dominante. Junto a todo ello había, además, una serie de ámbitos donde estos sectores confluían y establecían densas redes de relación. Las asociaciones económicas o los consejos de administración eran uno de esos espacios, pero tan importantes o más eran los distintos lugares de sociabilidad: los clubes, las reuniones sociales, las fiestas, los sitios de ocio..., allí donde de modo informal se iban estableciendo lazos espontáneos, casi invisibles, entre esa elite. No menos trascendentes eran los vínculos que de modo también casi imperceptible se iban tejiendo a través del ejercicio común de unos determinados estilos de vida, que venían regidos por las «buenas maneras», por la buena educación, por la posesión de una elevada formación o por la ostentación incluso. Se fue sedimentando una especie de cultura común, elástica y no siempre específica, que generaba que se compartieran valores y visiones de la realidad, lo que les permitía una fluida comunicación interna¹⁴⁹. Además, apuntalando esa estrategia de

¹⁴⁸ *Ibid.*, (1997), p. 202.

¹⁴⁹ No obstante, no creemos que pueda aplicarse a nuestro caso la tesis de J. Kocka y sus discípulos acerca de la existencia de una cultura burguesa específica que actuaría como

diferenciación. se ponían en práctica toda una serie de mecanismos de reproducción social, el más evidente de los cuales era la endogamia familiar.

Esta elite trató de hacer prevalecer su dominio en una sociedad dinámica, que cambiaba a buen ritmo, en buena parte ya urbana, en la que las divisiones de clase eran patentes y en la que era factible la promoción social. A partir de las distintas intensidades de ese cambio, las ciudades vascas eran los núcleos desde donde se difundían las novedades, los centros neurálgicos que marcaban unas pautas sociales, políticas, de comportamiento, ante las que el resto de la colectividad se manifestaba bien a favor, bien en contra¹⁵⁰. Sin embargo, en este marco, que se puede considerar como moderno, continuaban persistiendo mecanismos fraudulentos con objeto de asentar el dominio social, en tanto que a escala privada la utilización del privilegio y el favor eran moneda corriente. El desarrollo económico y la penetración de criterios capitalistas eran compatibles con la plena operatividad de mecanismos tradicionales basados en la influencia de los poderosos, así como en la lealtad y patronazgo a los mismos. Además, como ha explicado J. Cruz, en los grupos dominantes estaba extendida una doble moral: exigente y capitalista para la vida pública, basada en el favor y en la influencia en lo que les atañía a ellos. De estos elementos no podemos inferir, sin embargo, que la sociedad estamental perviviese durante la Restauración. En primer lugar, el estudio de esos burgueses ha demostrado lo complicado que resulta distinguir nítidamente los comportamientos modernos de los tradicionales y cómo suele darse con frecuencia una imbricación de ambos. En segundo lugar, y sobre todo, fue general en el comportamiento de la nueva burguesía utilizar los resortes de poder para apuntalar su situación, empleando privilegios y prebendas más propias de sociedades tradicionales. Esa nueva elite no se detuvo a examinar si los medios caciquiles que utilizaba coincidían con la filosofía del libre mercado; le bastaba con que le reportasen unos beneficios y su poder e influencia se incrementasen. Ello no fue exclusivo de España ni de este período: se dio también en otros países y en otros momentos históricos.

¿Cuál fue la disposición de esa nueva elite de burgueses con respecto al mundo tradicional? En el caso del País Vasco, con una fuerte industrialización, se fueron extendiendo nuevos valores, que calaron,

principal elemento cohesionador del grupo. Esa cultura ni era exclusiva, ni lo suficientemente amplia y cerrada, como para constituir un corpus que otorgara una homogeneidad.

¹⁵⁰ RIVERA, DE LA FUENTE (2000).

especialmente en Vizcaya y Guipúzcoa, entre los distintos estratos de la burguesía. El valor de la riqueza, del dinero, pesaban más que el linaje. Eso no quiere decir que esos burgueses enriquecidos con los nuevos negocios despreciasen determinados símbolos nobiliarios. Todo lo contrario, trataron de apropiarse de ellos (títulos, ostentación de riqueza, magnificencia) en la medida que les proporcionaba una aura que reforzaba su poder social, y buscaron hacerse con un capital simbólico que les proporcionase ese toque necesario de distinción y respetabilidad. Además, varios de estos grandes burgueses, aupados merced a sus actividades industriales o mineras, provenían de familias solariegas. Era el caso de reputadísimos industriales como, por ejemplo, Chávarri, Sota o los Ybarra si hablamos de Vizcaya, o los Orbea y Rezola en Guipúzcoa. Personajes, no obstante, insertos plenamente en la sociedad capitalista y en la mentalidad que ésta aparejaba. Es más, algunos rasgos que asumieron en sus estilos de vida que pueden pasar como recreaciones propias de la nobleza, eran de naturaleza más plutocrática que aristocrática¹⁵¹.

La postura de la nobleza hacendada ante esos cambios fue diversa. La actitud general podía coincidir con la del príncipe Salina de *El Gatopardo*: observar con melancolía y añoranza la irrupción de los nuevos tiempos y su inevitabilidad. Pero a partir de aquí, como en la novela de Lampedusa, las actitudes variaron. Hubo quien se marginó, quien se incorporó con tibieza y quien se sumó con todas sus consecuencias. Las respuestas fueron variadas, y si entre los grandes industriales localizamos a familias de origen nobiliario y solariego, hubo también quienes se mantuvieron desdeñosos y no participaron de las nuevas prácticas económicas, con el resultado de su pérdida de peso social y económico. Algunos nobles fueron consecuentes con la conclusión del príncipe Salina de adaptarse para que *todo siga como está*, pero hubo otros que se quedaron a medio camino, indecisos, o simplemente se negaron a amoldarse, desconcertados ante el tipo de sociedad que surgía.

Fuentes y bibliografía citada

Fondo Sota-Aznar.
Fondo Chávarri. Copiador de cartas.
Fondo Gandarias.
Archivo del Conde de Peñaflorida.
Archivo Zavala.

¹⁵¹ A este respecto MOSSE (2000), p. 135.

- AGIRREAZKUENAGA, J. (1987), *Vizcaya en el siglo XIX: las finanzas públicas de un Estado emergente*, Universidad del País Vasco, Lejona.
- AGIRREAZKUENAGA, J. y otros (1993), *Diccionario biográfico de los parlamentarios de Vasconia (1808-1876)*, Parlamento Vasco, Vitoria-Gasteiz.
- ALFARO, T. (1987), *Una ciudad desencantada. Vitoria y el mundo que la circunda en el siglo XX*, Diputación Foral de Alava, Vitoria.
- ARBAIZA, M. y MARTÍNEZ RUEDA, F. (1989). «La familia Victoria de Lecea en el siglo XIX: De rentistas a capitalistas (1789-1864)», *Letras de Deusto*, n.º 43.
- AREILZA, E. de (reed. 1999), *Epistolario*, El Tilo, Bilbao.
- BAHAMONDE, A. y OTERO CARVAJAL, L.E. (1989), «La reproducción matrimonial de la elite burguesa madrileña. El caso de Francisco de las Rivas y Ubieta, marqués de Mudela, 1834-1882», en *La sociedad madrileña durante la Restauración, 1876-1931*, Índice, Madrid.
- BAHAMONDE, A. (1991), «La vieja nobleza y el mundo de los negocios: las causas de un alejamiento», en *España entre dos siglos (1875-1931). Continuidad y cambio*, Siglo XXI, Madrid.
- BANTI, A. (1989), *Terra e denaro. Una borghesia padana dell'Ottocento*, Marsilio Editori, Venezia.
- BEASCOECHEA, J.M. (1992), *Getxo*, Diputación Foral de Bizkaia, Bilbao.
- , (1995), *Desarrollo económico y urbanización en la ría de Bilbao: la conformación urbana de Getxo, 1860-1930*, tesis doctoral, Universidad del País Vasco.
- BELCHEM, J., HARDY, N. (1998), «Second Metropolis: the Middle Class in Early Victorian Liverpool», en *The making of the British middle Class? Studies of regional and cultural diversity since the eighteenth century*, Sutton Publishing, Gran Bretaña.
- BOURDIEU, P. (1991), *La distinción*, Taurus, Madrid.
- BUDDE, G.F. (1996), «Investigaciones sobre la burguesía en Alemania: tendencias, resultados y perspectivas», *Historia Contemporánea*, n.º 13-14.
- CAJAL, A (2002), *Paz y Fueros. El Conde de Villafuertes. Guipúzcoa entre la Constitución de Cádiz y el Convenio de Vergara, 1813-1839*. (en prensa) Biblioteca Nueva, Madrid.
- CARASA, P. (1996), «Elites castellanas de la Restauración: del bloque de poder al microanálisis», *Historia Contemporánea*, n.º 13-14.
- CARASA, P. (dir.) (1997), *Elites castellanas de la Restauración. Una aproximación al poder político en Castilla*, Junta de Castilla y León, Salamanca.
- CASSIS, Y. (2000), «Elite económica y burguesía. Inglaterra, Francia y Alemania hacia 1900», en *Las burguesías europeas del siglo XIX. Sociedad civil, política y cultura*, Biblioteca Nueva, Valencia.
- CASTELLS, L. (1987), *Modernización y dinámica política en la sociedad guipuzcoana de la Restauración, 1876-1915*, Siglo XXI, Madrid.
- CASTELLS, L., RIVERA, A. (1995), «Vida cotidiana y nuevos comportamientos sociales (El País Vasco, 1876-1923)», *Ayer*, n.º 19.
- , (1998), «Representación política y poder social en el País Vasco durante la Restauración», en *Poder económico y poder político*, Biblioteca Historia Social, Valencia.

- , (1999), «Una inmensa fábrica, una inmensa fonda, una inmensa sacristía. (El espacio urbano vasco en el paso de los siglos XIX al XX)», en *El rumor de lo cotidiano*, Universidad del País Vasco, Lejona.
- CILLÁN APALATEGUI, A. (1975), *Sociología electoral de Guipúzcoa (1900-1936)*, Soc. Guipuzcoana de Ediciones y Publicaciones, San Sebastián.
- COLINAS, J. A. (1996), *Historia de la Universidad Comercial de Deusto*, Bilbao.
- CORCUERA, J. (1979), *Orígenes, ideología y organización del nacionalismo vasco, 1876-1904*, Siglo XXI, Madrid.
- CROSSICK, G. (1998), «La bourgeoisie britannique au 19 siècle. Recherches, approches, problématiques», *Annales*, nov-déc.
- CRUZ, J. (2000), *Los Notables en Madrid. Las bases sociales de la revolución liberal española*, Alianza Editorial, Madrid.
- CHAUSSINAND-NOGARET, G. (1991), «De l'aristocratie aux elites», en *Histoire des elites en France du XVI au XX siècle*, Tallandier, Francia.
- DAUMARD, A. (1991), *Les bourgeois et la bourgeoisie en France depuis 1815*, Flammarion, Francia.
- DÍAZ, O. (1998), *Los marqueses de Urquijo. El apogeo de una saga poderosa y los inicios del Banco Urquijo, 1870-1931*, Eunsa, Pamplona.
- DÍAZ MORLAN, P. (1999), *Horacio Echevarrieta, 1870-1963. El capitalista republicano*, LID, Madrid.
- DÍEZ CANO, L. S. (1996), «¿Ciudad «levítica» o ciudad diferente? En torno a la España urbana de la España interior», *Historia Social*, n.º 26.
- ELEB, M., DEBARRE, A. (1995), *L'invention de l'habitation moderne. Paris 1880-1914*, Hazan, París.
- ELORZA, A. (1978), *Ideologías del nacionalismo vasco, 1876-1937 (de los «euskaros» a Jagi Jagi*, Haranburu, San Sebastián.
- GARATE, M. (1990), «La familia Brunet, San Sebastián y America (Presencia catalana en el puerto donostiarra, siglos XVIII-XX)», *Boletín de Estudios Históricos sobre San Sebastián*, vol. 24.
- GONZALEZ PORTILLA, M. (1977), «Los orígenes de la sociedad capitalista en el País Vasco. Transformaciones económicas y sociales en Vizcaya», *Saiok*, n.º 1.
- , (1992), «Mecanismos de producción y reproducción social de las elites económicas y del capitalismo en la Restauración», *Historia Contemporánea*, n.º 8.
- , (1994), «Elites empresariales y poder económico en la siderurgia española», en *Elites. Prosopografía contemporánea*, Universidad de Valladolid, Valladolid.
- , (1995), «Poder y lobbies económicos en la Restauración: la transformación de la clase política», en *Cultura y culturas en la Historia*, Universidad de Salamanca, Salamanca.
- HOZ, S. de la y otros (1992), «Características y evolución de las elites en el País Vasco (1898-1923)», *Historia Contemporánea*, n.º 8.
- IBÁÑEZ, G. (1917), *Anuario Financiero*, Bilbao.
- KOCKA, J. (1993), «The European pattern and the German Case», en *Bourgeois society in nineteenth-century Europe*, Berg, Oxford.
- , (1994), «Estructura i cultura de la burguesia europea el segle XIX. Reflexions comparatives des d'un punt de mira alemany», *Recerques*, n.º 28.

- , (2000), «Burguesía y sociedad burguesa en el siglo XIX. Modelos europeos y peculiaridades alemanas», en *Las burguesías europeas del siglo XIX*. Biblioteca Nueva, Valencia.
- LASALA, F. (1924), *Última etapa de la unidad nacional*. Madrid.
- LUENGO, F. (1991), *La crisis de la Restauración. Partidos, elecciones y conflictividad social en Guipúzcoa, 1917-1923*, Universidad del País Vasco, Lejona.
- , (s.f.), *Evolución e imagen de una ciudad. Sociabilidad en San Sebastián (1813-1936)*, Proyecto de Investigación.
- MARIN, M. (2000), «El cacique protector», *Historia Social*, n.º 36.
- MCDONOGH, G. W. (1988), *Las buenas familias de Barcelona. Historia social de poder en la era industrial*, Omega, Barcelona.
- MAEZTU, R. de (reed. 1977), *Artículos desconocidos. 1897-1904*, Castalia, Madrid.
- MARTÍNEZ, D. (1996), *Tierra, herencia y matrimonio*, Universidad de Jaén. Jaén.
- MEES, L. (1992), *Nacionalismo vasco, movimiento obrero y cuestión social (1903-1923)*, Fundación Sabino Arana. Bilbao.
- MENCHACA, A. (1989), *Las cenizas del esplendor*. Espasa, Madrid.
- MENSION-RIGAU, E. (1997), *Aristocrates et grands bourgeois. Education, traditions, valeurs*, Perrin, París.
- MONTERO, M. (1990), *Mineros, banqueros y navieros*. Universidad del País Vasco, Lejona.
- , (1994), *La burguesía impaciente. Especulaciones e inversiones en el desarrollo empresarial de Vizcaya*, Beitia, Bilbao.
- , (1995), *La California del Hierro. Las minas y la modernización económica y social de Vizcaya*, Beitia, Bilbao.
- , (1996), «Concentración empresarial y ejercicio del poder en el País Vasco, 1880-1923», copia ciclostilada, Valencia.
- , (1999), prólogo de *El intruso*, Librería San Antonio. Bilbao.
- MONTON, F.J. (1993), «La creación de un cacicazgo: el primer marqués de Urquijo y su relación con Alava», *Historia Contemporánea*, n.º 10.
- MORRIS, R. J. (1990), *Class, sect and party. The making of the British middle class: Leeds, 1820-1850*, Manchester University Press, Manchester.
- MOSSE, W. (2000), «Aristocracia y burguesía en la Europa del siglo XIX. Un análisis comparativo», en *Las burguesías europeas del siglo XIX. Sociedad civil, política y cultura*, Biblioteca Nueva-Universitat de València, Madrid.
- OLAZABAL, J. (1919), *Cuestiones candentes, sufragio universal, el nacionalismo y los fueros*, San Sebastián.
- ORTIZ DE ORRUÑO, J. M. (1996), «Del abrazo de Vergara al Concierto Económico», en *Alava. Nuestra historia*, El Correo, Vitoria.
- ORUETA, J. (reed. 1952), *Memorias de un bilbaíno, 1870-1900*, Biblioteca Vascongada de Amigos del País. San Sebastián.
- OSTOLAZA, M. (1998), *Iglesia, educación y sociedad en Guipúzcoa durante la Restauración. 1876-1931. Las congregaciones religiosas y la enseñanza*, tesis doctoral. Instituto Universitario de Florencia. Está publicada por la Universidad del País Vasco con el título de *Entre Religión y Modernidad. Los colegios*

- de las Congregaciones Religiosas en la construcción de la sociedad guipuzcoana contemporánea, 1876-1931* (Bilbao 2000).
- PERAL, M. del (1974), «Aproximación a un estudio sociológico de las autoridades económicas en España (1868-1915)», en *La Banca Española en la Restauración*, Banco de España, Madrid.
- PÉREZ LEDESMA, M. (1999), «Protagonismo de la burguesía, debilidad de los burgueses», en *Ayer*, n.º 36.
- , (1997), «La formación de la clase obrera: una creación cultural», en *Cultura y movilización en la España contemporánea*. Alianza Universidad, Madrid.
- PÉREZ NÚÑEZ, J. (1996), *La Diputación foral de Vizcaya. El régimen foral en la construcción del Estado Liberal (1808-1868)*, Centro de Estudios Constitucionales, Madrid.
- PRO, J. (1995), «Las elites de la España liberal: clases y redes en la definición del espacio social», *Historia Social*, n.º 21.
- REVUELTA, M. D. (1992), *La universidad comercial de Deusto. 75 años formando profesionales para la empresa*, Fundación Luis Bernaola, Bilbao.
- RIVERA, A. (1992), *La ciudad levítica. Continuidad y cambio en una ciudad del interior (Vitoria, 1876-1936)*, Diputación Foral de Alava, Vitoria.
- , (1992b), «La formación del ensanche vitoriano: ¿un ejemplo paradigmático?», en *Las ciudades en la modernización de España. Los decenios inter-seculares, Siglo XXI*, Madrid.
- , (1996), «De la política de elites a la sociedad de masas (1902-1936)», en *Alava. Nuestra historia*, El Correo, Vitoria.
- , (2001), «País Vasco», en *El poder de la influencia. Geografía del caciquismo en España (1875-1923)*, Marcial Pons Historia-Centro de Estudios Políticos y Constitucionales, Madrid.
- RIVERA, A., DE LA FUENTE, J. (2000), *Modernidad y religión en la sociedad vasca de los años treinta (Una experiencia de sociología cristiana: «Idearium»*, Universidad del País Vasco, Bilbao.
- ROBLES, C. (1997), *José María de Urquijo e Ybarra*, CSIC, Madrid.
- RODAMILANS, R. (1998), *La sociedad filarmónica de Bilbao. Memorias de un centenario*, Fundación BBK, Bilbao.
- ROLDAN, S., GARCÍA DELGADO, J. L. (MUÑOZ, J. (col.)) (1973), *La formación de la sociedad capitalista en España, 1914-1920*, CECA, Madrid, vol. II.
- RUBIO, C. (1996), *Revolución y tradición. El País Vasco ante la revolución liberal y la construcción del Estado Español, 1808-1868*, Siglo XXI, Madrid.
- , (1997), *Fueros y Constitución: la lucha por el control del poder*, Universidad del País Vasco, Lejona.
- RUEDA, J. C. (1991), «Antonio Maura: Las pautas inversionistas de un miembro de la élite política de la Restauración», *Historia Social*, n.º 11.
- SAENZ DE SANTAMARÍA, C. (1978), *Historia de la Universidad de Deusto*, La Gran Enciclopedia Vasca, Bilbao.
- SERNA, J., PONS, A. (1992), *La ciudad extensa. La burguesía comercial-financiera en la Valencia de mediados del XIX*, Diputació de Valencia, Valencia.
- , (1994), «El nombre del burgués», en *La sociedad urbana*, Barcelona.

- SERRANO, R. y otros (1999), «El caciquismo bajo la lámpara prosopográfica. Sociedad y ejercicio de poder en la Castilla de la Restauración», en *Contributions to European Parliamentary History*, Juntas Generales de Bizkaia, Bilbao.
- SIERRA, M. (1996), *La política del pacto. El sistema de la Restauración a través del partido conservador sevillano (1874-1923)*, Diputación de Sevilla. Sevilla.
- , (2000), «La casa Ybarra: política de honor y política de interés», *Historia Social*, n.º 36.
- SOLA, A. (1993), «Informe, crítiques i suggeriments a l'entorn de la historiografia sobre la burguesía catalana del segle XIX», *Afers*, n.º 16.
- S.A. (1877), *Colegio de señoritas de la Compañía de María de Vergara*. Vitoria.
- TELLECHEA, J. I. (1996), *Unamuno y Salaverría. Epistolario (1904-1935)*, Fundación Kutxa, San Sebastián.
- TORRES VILLANUEVA, E. (1998), *Ramón de la Sota. 1857-1936. Un empresario vasco*, LID, Madrid.
- UNAMUNO, M. (reed., 1998), *El bochito*, Ediciones El Tilo, Bilbao.
- URQUIJO, Conde de (1927), *Más noticias genealógicas*. San Sebastián.
- VALDALISO, J. M. (1991), *Los navieros vascos y la marina mercante en España, 1860-1935. Una historia económica*, HAEE/IVAP, Bilbao.
- VEIGA ALONSO, X. R. (1999), «Los marcos sociales del clientelismo político», *Historia Social*, n.º 34.
- VIDAL-ABARCA, J., VERASTEGUI, F., OTAZU, A. (1996), *Fausto de Otazu a Iñigo Ortés de Velasco. Cartas 1834-1841*, Diputación Foral de Alava. Vitoria.
- VV.AA. (2000), *Los 100 empresarios españoles del siglo XX*. LID, Madrid.
- WALTON, J. (1999), «Football and basque identity: Real Sociedad of San Sebastián, 1909-1932», en *Memoria y Civilización*. Universidad de Navarra. Pamplona.
- YBARRA, J. de (1947), *Política nacional en Vizcaya*, Instituto de Estudios Políticos, Madrid.
- , (1949), «La casa nativa de don Julio de Urquijo», en *Homenaje a D. Julio de Urquijo e Ybarra*. San Sebastián.
- ZURITA, R. (1996), *Notables, políticos y clientes. La política conservadora en Alicante. 1875-1898*. Instituto de Cultura Juan Gil-Albert, Elche.